



El baño de las ninfas

Comedia en dos actos, cada uno dividido en dos cuadros, separados por un solo intermedio

Joaquín Calvo-Sotelo

PERSONAJES

ÁNGELES.

EPIFANÍA.

LOLA ESTÉBANEZ.

ANDREA.

EMILIA.

ANGUSTIAS.

JULIA.

JUSTA.

DOMINICA.

FEDERICO.

MÍSTER WHITE.

SOMOZA.

SÁNCHEZ.

PADRE RAFAEL.

Esta comedia fue estrenada en el Teatro Marquina, de Madrid, el día 3 de octubre de 1966.

Parte I



Cuadro I

Un convento de monjas de un indeterminado pueblecito castellano. El convento tiene más de dos siglos y está construido a base de recios muros, encalados. Al foro hay, a la izquierda una gran escalera de acceso a la segunda planta y a los desvanes. En el foro también, y a la derecha, una puerta que da al claustro. En el centro del lateral derecho hay una gran puerta a las diversas dependencias del convento y, en última instancia, a la calle. Frente por frente de ella hay otra de muchas más reducidas dimensiones que, por el momento, permanece cerrada. En medio de la escena hay una mesa con una urna. Tras la mesa, sentadas como formando tribunal, la MADRE EPIFANÍA -65 ó 70 años, papada, lentes- y a ambos lados la HERMANA ANDREA y la HERMANA EMILIA, las dos jovencísimas. Todas visten un hábito convencional. Varias sillas adosadas a las paredes. Pinturas de motivos religiosos colgadas a un lado y otro de los muros. Los términos derecha e izquierda, van referidos al espectador y no al actor.

Pausa. Silencio. La MADRE EPIFANÍA lee el *Ya*.

EPIFANÍA.- (Tras una pausa prudencial.) ¿Cuántas faltan por votar?

ANDREA.- (Es muy débil, muy frágil, muy pálida. Consulta su lista.) Diez.

EMILIA.- (Vital, exuberante, alegre.) Eso es.

EPIFANÍA.- Por mis cuentas salen nueve solamente.

EMILIA.- (Lee.) No... La madre Flor, la madre Angustias, la madre Justa, la madre Dominica, la madre Julia, la madre Francisca, la madre Fermina, la madre Rincón de Dios, la madre Ángeles y la madre Federico.

ANDREA.- (Que fue contándolas.) Diez, Madre.

EPIFANÍA.- Claro, incluyendo, la madre Federico. Pero, ¿quién les autoriza a ustedes a poner a la madre Federico en la lista?

ANDREA.- Yo es que...

EPIFANÍA.- Son nueve las que faltan por votar y, con la madre Julia que está entrando en agujas por esa puerta, ocho nada más. (La MADRE JULIA, renqueante, apoyada en un bastón, entra por la lateral derecha. Trae una papeleta preparada que introduce en la urna. La MADRE EPIFANÍA se pone de pie.) La madre Julia vota.

(La MADRE JULIA se marcha por donde vino.)

EMILIA.- Tengo una curiosidad por abrir la urna que no sé como me

la aguanto...

EPIFANÍA.- La curiosidad, así, tan aguda, no es precisamente una virtud. Y de eso sé yo mucho porque a curiosa no hay quien me gane.

EMILIA.- Es que nunca he visto una elección, Madre.

EPIFANÍA.- En los tiempos que corren, casi nadie ha visto elecciones, hermana. Pero la verdad es que eso de las elecciones no es ni demasiado difícil ni demasiado divertido. Se escribe un nombre en una papeleta. Se echa por una ranura y a esperar. De está elección sólo puede salir una Madre Superiora. De otras salen a veces unos concejales, o unos diputados, o una revolución.

EMILIA.- De esa urna yo sé muy bien lo que va a salir: la madre Ángeles.

EPIFANÍA.- ¿Y por qué habla como si ya hubiese contado los votos?

EMILIA.- Porque es imposible que no haya quien no la quiera.

EPIFANÍA.- Bien nos deja a las demás.

EMILIA.- ¡Huy! A usted no me refiero. A usted la Regla no le permite ser elegida Superiora, puesto que ya pasó...

EPIFANÍA.- Sí, así es. Ya pasé... cierta edad.

EMILIA.- Lo que yo digo es que a la madre Ángeles todas la adoramos. Y sus alumnos, ¿para qué contarle? ¡Cómo la miran! Uno de ellos, que se llama Papiyo...

EPIFANÍA.- Ése cumple quince en febrero. Poco tiempo le queda de estar en nuestra casa. ¿Qué le sucede al tal Papiyo?

EMILIA.- Un día le sorprendí escribiendo el nombre de Madre Ángeles en la pizarra. ¡Se puso más colorado...! Bueno, lo que yo quería decir es que la madre Ángeles, con ese empaque que tiene, con esas decisiones tan suyas, es la que mejor puede resolver los problemas del convento. Y si ella no lo hace, yo no sé quién podrá hacerlo.

EPIFANÍA.- Dios proveerá.

EMILIA.- A veces parece que se olvidase de sus siervas y, desde luego, nunca hemos pasado una temporada como ésta.

EPIFANÍA.- Los tiempos son malos, sí. La huerta la arrasó la tormenta de agosto; doña Úrsula Menéndez murió hace año y medio y nos privó de sus caridades, que tan necesarias nos eran. Nadie echa un duro en el cepillo de la parroquia desde la granizada última y las láminas de la Deuda que nos quedaban de la herencia de la madre Braulia se vendieron para pagar al carnicero. En cuanto a la Diputación... La Diputación tiene una idea de lo que cuesta comer bastante peregrina. A cuarenta pesetas paga por sordomudo y día. Ya le mandaré yo unos cuantos de nuestros pupilos para que los alimentara el señor Presidente. Ay, hermana, el goce de hacer el bien a nuestros semejantes y el de orar y meditar en Dios, gracias al cual somos felices, antes era relativamente barato pero ahora cuesta un riñón.

ANDREA.- Dicen que la vida ha subido muchísimo.

EPIFANÍA.- Y no sólo nos viene de ahí el real, sino de otras cosas; que también nuestros ingresos han disminuido. Antes, hacíamos los

bizcochos de Santa Marta, pero desde que el confitero del pueblo nos descubrió la receta, nos quedamos sin clientela. Antes, bordábamos uniformes y casacas, pero las casacas se han pasado de moda por lo visto y los uniformes de hoy día no llevan ni un mal galón. Sólo el Ministerio de Asuntos Exteriores, que son tan simpáticos, nos mandan alguno de vez en cuando. Antes, llegaba una novicia con una dote de unos miles de duros, pero hoy, salvo excepciones, quienes aparecen por esta puerta diciendo que sienten vocación, no tienen donde caerse muertas y a una le entra la inquietud de preguntarse si de verdad para lo que vienen es para educar sordomudos y alabar a Dios o a comerse la sopa boba.

(ANDREA se entristece súbitamente, sume la cabeza en el pecho y parece como si se fuese a echar a llorar.)

EPIFANÍA.- ¿Qué le pasa, hermana?

ANDREA.- A mí me admitieron casi con lo puesto, pero lo que yo quería era ayudarles a ustedes y enseñar a hablar a los que no saben.

EPIFANÍA.- ¿Es que yo le he hecho algún reproche? Yo no me refiero a usted. Que usted y la hermana Emilia son de lo mejor que anda por esta casa. Yo decía, así, en general, que habían disminuido los ingresos como también podía haber aludido a ciertos gastos inútiles.

EMILIA.- ¿Cuáles, madre Epifanía?

EPIFANÍA.- Pues, no sé, por ejemplo, la debilidad que tuvo la madre Rosario de poner una lápida en el refectorio con los versos de la madre Federico a la Patrona. Cinco mil pesetas tiradas.

EMILIA.- ¡Es que los versos de la madre Federico son una preciosidad!

EPIFANÍA.- Usted, hermana Emilia, es de un mal gusto que se le saltan a una las lágrimas. Estaban escritos con buena intención, eso sí, lo reconozco, y con el deseo de elogiar, pero no pegaban ni con cola. Una cartulina habría sido suficiente. Pero la madre Rosario quiso hacerle ese regalo a la madre Federico.

ANDREA.- Es que le estaba muy agradecida, ¿no?

EPIFANÍA.- Era una mezcla de gratitud y de chochez.

ANDREA.- Huy, madre...

EPIFANÍA.- Menos aspavientos porque llame a las cosas por su nombre. La madre Federico le había recetado unas medicinas que le iban bien para el hígado.

ANDREA.- Es que es un médico estupendo.

EPIFANÍA.- ¿Ése? Vamos... Ni bachiller siquiera. Tiene pocas ideas en la cabeza... Y no muy claras... Ni muy recomendables. Lo que pasa es que le acertó lo del hígado, y la madre Rosario, con sus setenta años a cuestas, no coordinaba ya en sus últimos tiempos. Por eso se gastó unas pesetas en la broma de la lápida, que ahora nos hubiesen venido de maravilla. **(Entran la MADRE JUSTA y la MADRE DOMINICA, que ojalá puedan ser jóvenes y bonitas, ya que el que no lo fuesen en nada ayudaría al buen fin de esta comedia. Traen preparados los papelitos.)** La madre Justa vota. La madre Dominica vota.

(Ambas hacen mutis seguidamente por la lateral que más convenga.)

ANDREA.- ¿Y la campana? Nos queda el recurso de la campana.

EPIFANÍA.- Durante mucho tiempo ésa ha sido el arma a la que recurríamos a la desesperada. En el pueblo saben que cuando suena es porque llevamos ya días de dieta rigurosa. Pero en noviembre, al quinto de estar, no a pan y agua sino a agua solamente, hicimos sonar la tal campanita. ¿Y qué pasó? Pues que sonó tres veces a la hora del almuerzo, es decir, a la hora en que algunos almuerzan... Y no vino nadie. Sólo, al día siguiente, el donativo de don Cristóbal Elorza nos permitió salir de apuros y evitarnos el mendigar por los caminos.

ANDREA.- ¡Un milagro!

EPIFANÍA.- Una casualidad... ¡Qué un milagro...! Ésas son palabras mayores. Buena bobadita es suponer que Nuestro Señor va a alterar las leyes de la naturaleza para que veinte monjas y otros tantos sordomudos coman caliente, cuando hay por esos mundos millones de infelices que se mueren de hambre y no pueden siquiera dormir bajo techado.

(Por la puerta del claustro, entra la MADRE FLOR, con la papeleta del voto en la mano. Es muy cegata. Lleva unas gafas de cristales muy gruesos y avanza, despistada, pero resueltamente hacia los espectadores. En el extremo límite del escenario desde el que se hubiese caído al foso, se detiene: el grito de la HERMANA EMILIA, a cuya alarma se suman quienes componen la mesa electoral, la salva por fortuna.)

EMILIA.- ¡¡Madre Flor!!

(La HERMANA ANDREA y la HERMANA EMILIA se disparan para buscarla, la recogen y se la llevan a la urna.)

EPIFANÍA.- La madre Flor vota.

(La MADRE FLOR se va otra vez al claustro, mejor orientada.)

ANDREA.- A poco se estrella contra la pared.

EPIFANÍA.- Ésa está de un cegato que necesita lazarillo.

(Pausa.)

EMILIA.- Óigame: y la madre Federico, ¿votará?

EPIFANÍA.- Antes me cortarían esta mano. Aunque intentarlo, lo intentaré. Mire, entretanto, ahí llega la madre repostera. El cargo más inútil del convento.

(Entra, en efecto, por la derecha, la MADRE ANGUSTIAS, repostera, por desgracia para la comunidad, sin trabajo desde hace algún tiempo. Es una monja simpática y regordeta.)

ANGUSTIAS.- ¿Se puede votar?

EPIFANÍA.- Claro que sí, madre Angustias. **(La MADRE ANGUSTIAS, en efecto, vota. La MADRE EPIFANÍA tacha su nombre en una lista.)** ¿Qué hay, Madre? En paro forzoso, ¿verdad?

ANGUSTIAS.- ¡Qué más quisiera que estar ocupada, madre Epifanía! Pero esos tiempos se acabaron.

EPIFANÍA.- Confíemos en que vuelvan pronto.

ANGUSTIAS.- ¿Echaron de menos mis caramelos las que votaron ya?

EPIFANÍA.- Ya lo creo. Aún hace un instante la madre Anselma nos pregunto si no los daban como otras veces.

ANGUSTIAS.- Con un poquito de azúcar que me hubiese sobrado, me habría decidido a hacerlos, pero, la verdad, no me atreví.

EPIFANÍA.- ¿Ustedes no los probaron nunca, hermanitas?

EMILIA.- Yo sí, el día de la fiesta de la Patrona. ¡Qué ricos!

ANGUSTIAS.- **(Restallando de mal disimulada vanidad.)** Sí, aquéllos me salieron bastante bien...

EPIFANÍA.- La madre Angustias es una artista.

ANGUSTIAS.- No... Puse dos partes de azúcar y dos de menta y las dejé secar bastante tiempo. Después, les añadí unas gotas de limón... Difícil no es, sólo que unas veces -depende de la inspiración- salen bien y otras mal. Como todo en la vida.

EMILIA.- Los míos eran de malvavisco.

ANGUSTIAS.- Bueno los de malvavisco tampoco son cosa del otro jueves. El azúcar, claro, es la base. Yo le pongo también un poco de limón. El limón da una gracia especial, inclusive a la crema. ¿Se acuerda usted, madre Epifanía, de la crema que les preparaba cuando nos visitaba el señor Obispo? Ya ve usted. De los caramelos no presumo, pero la crema, sí, creo que valía lo suyo. Aquella crema batida, con doce o catorce huevos por tarta, con aquel hojaldre que según la madre Federico tenía tantos escalones como la torre de la iglesia y aquellos hilos de chantilly, con tropiezos de almendra, que decían «Viva nuestro Ilustre Prelado»...

(La HERMANA ANDREA se desvanece de bruces sobre la mesa. Todas se precipitan a ayudarla.)

EPIFANÍA.- ¡Hermana Andrea!

EMILIA.- ¡Ay, ay, ay!

EPIFANÍA.- Cállese, hermana, no le dé histérica.

EMILIA.- ¡Madre Federico, madre Federico!

(Y hace mutis llamándole por la derecha.)

ANGUSTIAS.- Pero, ¿qué le ha pasado?

EPIFANÍA.- ¿Qué quiere que le pase? Que está muerta de hambre, como todas, y que la descripción que ha hecho usted de sus confituras le ha privado del sentido. Nada más.

ANGUSTIAS.- ¿Cómo iba a imaginarlo...?

EPIFANÍA.- Vamos, vamos, hermana... **(A la MADRE ANGUSTIAS.)** Traiga un vaso de agua, que de eso sí tenemos.

(Mutis de la MADRE ANGUSTIAS por la derecha. En este instante, por la derecha, llega la MADRE FEDERICO, seguido de la HERMANA EMILIA. La MADRE FEDERICO es un hombre de unos sesenta años cuya voz, ademanes y manera de hablar en modo alguno disimula, pero que, sin embargo, y por las razones que más

tarde habrán de explicarse, viste el hábito de la orden. Con aire resuelto se dirige a la HERMANA ANDREA y la reconoce sumariamente.)

FEDERICO.- ¿Qué le pasa, hermana Andrea? La pupila normal, el pulso normal... Un poco de palidez. Nada importante... Debilidad: ése es mi diagnóstico.

EMILIA.- A ver si es algo del corazón.

FEDERICO.- He dicho que es debilidad... Ah, muy bien... **(Llegó la MADRE ANGUSTIAS con el vaso con un poquito de agua. Incorpora a la HERMANA ANDREA y se lo hace beber a pequeños sorbos. Después se lo devuelve a la MADRE ANGUSTIAS. La HERMANA ANDREA se recobra.)** Y ahora, la mejor medicina, una pastilla de chocolate.

(La saca del bolsillo y se la entrega. La HERMANA ANDREA la engulle con visible satisfacción. Ya se ha puesto de pie.)

EPIFANÍA.- Le convendría acostarse.

FEDERICO.- De ningún modo: váyase a tomar un poco de aire.

ANDREA.- Bueno...

(Y comiendo chocolate hace mutis por la derecha.)

ANGUSTIAS.- ¿Se puede saber, madre Federico, dónde ha encontrado usted ese chocolate?

FEDERICO.- Una mano anónima y generosa ha dejado caer en el torno media libra cuando pasaba yo. No es que la Providencia se emplee a fondo con nosotros, pero tal vez sea esto síntoma de que empieza a acordarse de que existimos. Y una vez cumplidos mis deberes de médico amateur, me dispongo a cumplir mis deberes cívicos. **(Del bolsillo saca también una papeleta que trata de introducir en la urna, a lo que la MADRE EPIFANÍA se opone, tapándola con la mano.)** ¿Y eso, madre Epifanía?

EPIFANÍA.- Usted diagnostica, pero no vota.

FEDERICO.- ¿Qué dice? ¿Se me coarta en mi derecho a elegir Madre Superiora?

EPIFANÍA.- Justo, así es.

FEDERICO.- Eso es un abuso.

EPIFANÍA.- Su opinión es muy respetable, pero en este caso la que vale es la mía.

FEDERICO.- Está usted faltando al respeto a la madre Rosario, que en paz descansa.

EPIFANÍA.- No hable usted para nada de la madre Rosario, que era una santa y que por desgracia no tiene ya nada que ver con esto.

FEDERICO.- La madre Rosario no me hubiera impedido votar.

EPIFANÍA.- ¿Qué se lo hace suponer?

FEDERICO.- A la madre Rosario no se le olvidó nunca lo que yo significo en este convento y solía aconsejarse de mí cuando había algún problema grave.

EPIFANÍA.- Eso es independiente de que le hubiese permitido votar.

FEDERICO.- ¿Usted sabe lo que es la prescripción?

EPIFANÍA.- No, y me encuentro tan a gusto.

FEDERICO.- Prescripción es un modo de adquirir ciertos derechos por el simple paso del tiempo.

EPIFANÍA.- Muy bien, me doy por enterada.

FEDERICO.- Tiempo, no me negará usted que ha pasado.

EPIFANÍA.- Ésa es una verdad como un castillo, pero aunque hubiera pasado el doble, yo le prohibiría votar; como acabo de hacerlo y no ya, ahora en esta ocasión, sino en cualquier otra que se presentase.

FEDERICO.- ¿Y por qué?

EPIFANÍA.- Porque elegir Madre Superiora es algo muy nuestro y que, por tanto, no le concierne a usted.

FEDERICO.- ¿Cree que hay algo en el convento a lo que realmente sea ajeno?

EPIFANÍA.- Quizás no muchas cosas, pero ésta es una de ellas.

FEDERICO.- Apelaré.

EPIFANÍA.- ¿Ante quién?

FEDERICO.- Ante la nueva Superiora, sea quien sea.

EPIFANÍA.- En todo caso, hoy, se queda usted sin votar. Ah, y que conste que si me opongo a que vote no es por ningún prejuicio sino porque entiendo que, en conciencia, no debo autorizarle.

FEDERICO.- Bien, me guardaré la papeleta. ¿Qué le parecería si hubiese un empate?

EPIFANÍA.- Entonces sería todavía más raro que usted decidiese la votación. En fin, como ya llegan las madres que faltaban, se acabó la presente historia.

FEDERICO.- **(Refunfuña.)** Es lamentable que a mí se me haga esto.

(Tal y como acaba de decirlo la MADRE EPIFANÍA, entran por el claustro cuatro o cinco monjas más, de diversas edades. Con ellas, la HERMANA ANDREA que se dirige a ocupar su puesto en la mesa.)

EPIFANÍA.- ¿Va mejor, hermana?

ANDREA.- Sí, sí... Gracias.

(La última en entrar es la MADRE ÁNGELES. La MADRE ÁNGELES es una mujer de treinta y tantos años, sonriente, atractiva y con aire resuelto.)

EPIFANÍA.- ¿Terminaron las clases?

ÁNGELES.- Ahora mismo.

EPIFANÍA.- Pues habrá que pensar en que voten: son las últimas.

ÁNGELES.- Muy bien.

EPIFANÍA.- Estoy deseando quitarme de encima tanta preocupación y pasar mis poderes temporales a quien sea elegida.

ÁNGELES.- Yo ya traigo mi papeleta.

EPIFANÍA.- Vote cuando guste. **(La MADRE ÁNGELES vota, en**

efecto. La HERMANA ANDREA anota su nombre en la lista.) A ver, las otras madres: la madre Francisca (**La MADRE FRANCISCA vota.**) , la madre Fermina (**La MADRE FERMINA vota.**) y la madre Rincón de Dios. (**Vota también.**) ¿Falta alguna más, hermana Andrea?

ANDREA.- No. Ya votaron todas. No se olvide, madre Epifanía, que a la primera hora recogimos el voto de la madre Alicia y de las profesoras.

EPIFANÍA.- Bien, pues entonces si todas han votado, votaré yo también. La madre Epifanía vota. (**Vota, en efecto.**) Y ahora, veamos quién ha sido elegida. (**Abre la urna y vuelca las papeletas.**) Somos veinte. La que consiga once votos será nombrada Superiora. (**Comienza a leer las papeletas.**) Madre Ángeles.

EMILIA.- Uno.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Dos.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Tres.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Cuatro.

EPIFANÍA.- Madre Angustias.

EMILIA.- Uno.

ANGUSTIAS.- Huy, ¿quién me ha votado a mí? (**Comprende que ha sido la MADRE ÁNGELES y se lo agradece.**) ¡Ay, qué simpática!...

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Cinco.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Seis.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Siete.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Ocho.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Nueve.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Diez.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

EMILIA.- Once.

EPIFANÍA.- Basta, son suficientes. Destruiremos el resto de las papeletas, ya que madre Ángeles ha obtenido la mayoría. Nuestra Regla es muy sabia y procura evitar que nadie se envanezca demasiado si los votos son muchos. Madre Ángeles: por la decisión de nuestra Santa Fundadora ha sido elegida para regir este convento y yo le traslado el símbolo de esa dirección que, por ser la más antigua, he llevado precisamente desde la muerte de la madre Rosario, que Dios guarde en su

gloria.

(Se despoja de una especie de collar que ostenta sobre el hábito y se lo impone. Después le besa la mano. Todas las demás asistentes hacen lo mismo salvo la MADRE FEDERICO. Cuando ya concluye la ceremonia, la MADRE ÁNGELES se instala en el centro de la mesa.

Alguien se lleva la urna por el claustro.)

ÁNGELES.- Muchas gracias a todas y ojalá Dios inspire a esta humilde sierva.

FEDERICO.- Madre Superiora: primero, mi felicitación especialísima.

ÁNGELES.- Muchas gracias.

FEDERICO.- Digo especialísima porque a mí la madre Epifanía, no me ha permitido votar. Pero quiero que conste que, si hubiese votado, lo habría hecho a favor de usted.

ÁNGELES.- Muy agradecida.

FEDERICO.- Esto sentado, quiero dejar resuelta una cuestión importante.

ÁNGELES.- Diga de qué se trata.

FEDERICO.- Es muy probable que me muera antes que haya ocasión de votar de nuevo en este convento, pero si así no fuese, reclamo el derecho que me asiste de tomar parte en todas las votaciones que aquí se hagan, derecho que en tiempos de la madre Rosario no me discutió nadie y que la madre Epifanía me ha negado de plano.

EPIFANÍA.- Madre Superiora, yo... **(Intenta justificarse pero con firmeza, sin dar su brazo a torcer.)**

FEDERICO.- **(Le interrumpe.)** Primero: a mí me gusta votar, lo confieso. Me gustó siempre. No sé..., es algo especial... Escribir un nombre en un papelito, doblarlo, echarlo en la urna... ¿Hay algo malo en eso, madre?

ÁNGELES.- **(Se ríe bondadosamente.)** No, realmente no.

FEDERICO.- Pero es que, además, yo creo que mis muchos años en esta casa justifican que...

ÁNGELES.- **(Lo ataja.)** Por favor, no precipite las cosas. Antes de mañana, sabrá mi opinión sobre ese punto... Y **(Enigmática y grave.)** sobre otros de más alcance para usted.

FEDERICO.- **(Receloso.)** Muy bien.

ÁNGELES.- Por el momento, conviene que me diga cuál es el estado en que nos encontramos. Así pues, haga el favor de traer los libros.

FEDERICO.- ¿Los libros? Por Dios, no hacen falta. Me los sé de memoria. Es muy fácil. Pagos pendientes: todos. Ingresos pendientes de cobro: cero. Cuentas corrientes: cero. Caja: mil doscientas setenta y cinco pesetas con diez céntimos.

ÁNGELES.- La situación no puede ser más clara.

FEDERICO.- Y tres sordomudos de Villafranca de los Barros aguardando desde el jueves en la fonda del pueblo, a ver si les admitimos o no... Un panorama precioso.

EPIFANÍA.- Tal vez fuera necesario tocar la campana y, si no lo hice ya, fue por dejarle esa iniciativa a la nueva Superiora.

ÁNGELES.- Queridas hermanas en Cristo, no retrasaré ni un solo momento una decisión que pueda servir para aliviar nuestros problemas. Tocaremos la campana si es menester, aun cuando confíe muy poco en su eficacia, pero me gustaría que antes mirásemos si hay algún otro recurso del que no hayamos echado mano todavía.

EPIFANÍA.- Que y o sepa, ninguno, madre Superiora.

ÁNGELES.- Yo quiero hacerme la ilusión de que existe alguno. Por de pronto, lo primero de todo, que digan a esos pobrecitos de Villafranca que, si no les aprieta mucho el hambre, pueden venir desde el lunes.

FEDERICO.- Conforme.

EPIFANÍA.- Pero, madre...

ÁNGELES.- Pchs... No me contraríe, madre Epifanía. Y mientras tanto, sírvase darme, si no le importa, las llaves del convento.

EPIFANÍA.- Perdóneme si aún no se las entregué.

ÁNGELES.- No tiene importancia.

EPIFANÍA.- Tómelas.

(La MADRE EPIFANÍA se las descíe de la cintura y se las da. Mientras la MADRE ÁNGELES se las pone, empieza a sonar sin interrupción un timbre muy agudo y desapacible.)

ÁNGELES.- ¿Qué es eso?

EPIFANÍA.- El timbre de noche.

ÁNGELES.- Pero, ¿qué le pasa?

FEDERICO.- Un contacto, se conoce.

ÁNGELES.- Por Dios, párelo de alguna manera o nos volveremos locos.

FEDERICO.- Es cosa de nada.

(Se saca de la escarcela unos alicates y hace mutis por la derecha.)

ÁNGELES.- Hay una que es la que me preocupa... **(Se interrumpe, visiblemente molesta por el timbre.)**

EPIFANÍA.- ¿Me decía algo, madre?

ÁNGELES.- Espere que arreglen el timbre y después hablaremos...

EPIFANÍA.- No es la primera vez que se estropea.

ÁNGELES.- ¿Cómo?

EPIFANÍA.- Digo que no es la primera vez que...

ANGUSTIAS.- **(Atisbando desde la derecha.)** Ya está la madre Federico en la escalera.

(La MADRE ÁNGELES busca algo en el manajo de llaves.)

EPIFANÍA.- ¿Busca alguna llave determinada, madre?

ÁNGELES.- Sí, la del desván.

EPIFANÍA.- ¿Qué desván?

ÁNGELES.- El del centro.

EPIFANÍA.- Es la número dieciocho.

ÁNGELES.- ¿Ésta?

EPIFANÍA.- Sí.

(En este instante cesa el timbre.)

ÁNGELES.- ¡Ay, qué liberación!

EPIFANÍA.- Madre Ángeles: ya sabe que en el desván del centro no ha entrado nadie desde hace más de un siglo por cumplir la consigna que se transmite siempre de Superiora a Superiora de tenerlo cerrado.

FEDERICO.- **(Por la derecha.)** Listo. **(Se guarda los alicates.)**

ÁNGELES.- ¿Qué era?

FEDERICO.- Lo que dije: un contacto sin importancia.

ÁNGELES.- Madre: yo no he recibido esa consigna.

FEDERICO.- **(Cuchichea a la MADRE ANGUSTIAS.)** ¿Qué es lo que pasa? **(La MADRE ANGUSTIAS, en voz baja, se lo explica.)**

EPIFANÍA.- La madre Rosario murió repentinamente y sin tiempo, por tanto, de pasársela a su sucesora. De seguro que lo hubiera hecho si la Providencia le hubiera permitido estar hoy con vida entre nosotras.

ÁNGELES.- En todo caso, yo no me considero forzada a seguir esa tradición, por muy respetable que sea, por mucho que haya obligado a las otras Superiores y a usted misma cuando lo fue. Y consciente de que el Señor y nuestra Santa Patrona me han dado atribuciones para ello, voy a quebrantarla.

EPIFANÍA.- Madre Ángeles, nadie podrá oponerse a que lo haga, pero déjeme que yo me alivie de cuidados repitiendo las palabras que oí a la madre Anunciación cuando ya hace casi treinta y cinco años fui indignamente elegida para sustituirla. La madre Anunciación me entregó este mismo manojito de llaves y me dijo: Madre Epifanía, cada una de ellas abre un lugar de esta casa. La más pequeña, la más importante de todas: el Sagrario. Muchas de las otras son casi inútiles porque las alacenas suelen estar vacías e igual daría tenerlas abiertas, pero hay una llave, la dieciocho, que corresponde al tercer desván en el que, si quiere seguir fiel al espíritu de la orden, no se debe entrar nunca». Madre Anunciación -le pregunté yo- ¿Quién impuso esa regla y por qué? «Viene de muy antiguo. Yo me he limitado sólo a respetarla». Así lo haré también, madre Anunciación -le contesté-, y así lo hice. Así lo había hecho la madre Rosario. La madre Ángeles puede proceder como su conciencia le dicte.

ÁNGELES.- Un punto ha tocado y bien esencial: el de mi conciencia. Yo noto que no me remuerde nada si quebranto esa costumbre. A tal extremo que ni creo necesario pedir consejo al padre Rafael. Me temo que en todo esto vaya envuelto algo parecido a una superstición y las supersticiones son el moho de la religión. Conviene quitárselo lo antes posible. Después, queda todo más reluciente. Quiero que mi primer acto de autoridad en el convento sea justamente el de coger la llave número dieciocho y abrir el desván. Dicho sea de paso, la pobre llave, por falta de uso, también está llena de moho. A la cerradura me temo que le pase lo mismo y convendrá, hermana Andrea, que me traiga, si lo encuentra, un

algodón y un poco de aceite.

ANDREA.- Sí, Madre.

(Y se va rápidamente por la derecha.)

ÁNGELES.- Lo que sí haré es subir yo sola y visitar el desván sola también.

EPIFANÍA.- Madre...

ÁNGELES.- **(Se ríe.)** ¿Qué teme? ¿Que esté lleno de fantasmas y caigan sobre mí y me maten o me enfermen del susto? No, no habrá fantasmas ni esqueletos, pero mire por dónde yo me ilusiono pensando en que quizá salga del desván el remedio de nuestros males.

(Vuelve ANDREA.)

ANDREA.- Aquí tiene, Madre Superiora, aceite y un algodón. Le basta, ¿verdad?

ÁNGELES.- Sí, es suficiente. **(Saca del frasquito que trae ANDREA un poco de aceite, lo echa sobre el algodón y frota la llave.)** Vea qué pronto le hemos quitado cien años de encima. Bien, voy a abrir el desván. Digan a las otras hermanas y a las madres que están en oración que soy yo, la más humilde, quien va a mandar sobre todas, para que lo sepan. Volveré en seguida. No creo que ese desván sea muy grande ni muy difícil de registrar.

(E inicia el mutis.)

EPIFANÍA.- Yo no la dejo ir sola.

ÁNGELES.- Ya lo creo que sí.

EPIFANÍA.- Madre, dispéñeme, pero yo...

ÁNGELES.- Está usted en un momento muy difícil, madre Epifanía. El que sigue a aquél en el que se mandó; aunque haya sido por pocos días. Ahora es preciso que aprenda a obedecer de nuevo. Se olvida muy pronto.

EPIFANÍA.- No es por eso, madre Ángeles...

FEDERICO.- La Madre Superiora tiene razón. Obediencia, madre Epifanía.

ÁNGELES.- Así es. **(Y, de nuevo, hace ademán de marcharse. Pero ve, con la natural sorpresa, que la MADRE FEDERICO se dispone a seguirla.)** ¿Y usted a dónde va?

FEDERICO.- Yo, sí, la acompaño, Madre Superiora.

ÁNGELES.- ¿Y con qué permiso?

FEDERICO.- Es para ayudarla.

ÁNGELES.- Usted se queda aquí. ¿Entendido?

FEDERICO.- Madre, mire usted que...

ÁNGELES.- No me replique.

EPIFANÍA.- Obediencia, madre Federico.

(Sin esperar a más, la MADRE ÁNGELES, llena de seguridad en sí misma, de aplomo y de decisión, hace mutis por la escalera camino del desván, llevando en la mano la llave número dieciocho. La

MADRE EPIFANÍA **mira a la MADRE FEDERICO con un aire burlón. La MADRE FEDERICO se encoge de hombros.)**

OSCURO

Cuadro II

La misma escena. Han transcurrido unos minutos desde la terminación del cuadro anterior. Están presentes todos los personajes de la obra menos la MADRE ÁNGELES y la MADRE FEDERICO. Largo silencio.

EPIFANÍA.- Y el padre Rafael, ¿dónde se habrá metido?

ANDREA.- Ya no puede tardar, digo yo.

EPIFANÍA.- ¡Demonio con el padre Rafael...!

ANDREA.- No se ponga nerviosa, Madre.

EPIFANÍA.- Mire, comino, me pongo como me parece.

ANDREA.- Perdóneme...

EMILIA.- **(Confidencialmente. A ANDREA.)** Cállese, no le diga nada. Le ha sentado muy mal que la Superiora haya hecho subir a la madre Federico y no a ella. ¿No comprende?

ANDREA.- Yo no quería que se enfadase.

EMILIA.- Está muerta de curiosidad... y eso la saca de quicio.

FEDERICO.- **(Por la escalera. Trae una enorme arpillera, que tira al desgaire y un martillo y un escoplo que deja sobre la mesa.)** ¡A ver, un plumero! **(Sale la MADRE ANGUSTIAS por la izquierda para buscarlo.)** Pero, ¿qué sucede con el padre Rafael?

EPIFANÍA.- Por él preguntaba ahora mismo. Debe de llegar de un momento a otro.

FEDERICO.- Que nos avisen en seguida. La Madre Superiora tiene que hablarle con urgencia.

EPIFANÍA.- Dios me libre de ser indiscreta madre Federico, pero, ¿puede decírsenos qué es lo que se ha encontrado en el desván?

FEDERICO.- Yo no soy quien para informarles de nada. Es a la Madre Superiora a la que corresponde hacerlo y ella dirá lo que juzgue conveniente.

EPIFANÍA.- De acuerdo. Ofreceremos a la Patrona ese acto de paciencia y ojalá sirva de provecho a nuestras almas, pero no se olvide, madre Federico, que llevamos ya media hora de órdago.

FEDERICO.- Lo siento mucho.

(Reaparece la MADRE ANGUSTIAS con un plumero.)

EPIFANÍA.- Naturalmente se ha encontrado algo de importancia.

FEDERICO.- No cuente conmigo para ninguna aclaración, madre Epifanía. Antes no tuve voto, pienso que ahora no tengo voz.

(Mutis de FEDERICO por la escalera.)

EMILIA.- ¿El desván es muy grande?

EPIFANÍA.- Es, si no me equivoco, igual a los que hay a su derecha y a su izquierda, porque tiene tres ventanas, igual que ellos. Como caber, cabe un mundo.

ANGUSTIAS.- ¿Y qué pueden haber encontrado para que se haga venir al padre Rafael?

EPIFANÍA.- Ah, en cuanto a eso... ya ve que por el momento, nuestra Madre Superiora sólo ha considerado oportuno decírselo a la madre Federico.

ANDREA.- Si estuviese lleno de billetes...

EPIFANÍA.- Si estuviese lleno de billetes, hermana Andrea, nos habríamos lucido, porque serían billetes de hace cien años, en el supuesto de que ya existiesen billetes entonces, con los cuales no podríamos comprar ni un kilo de pan. Otra cosa sería si estuviese lleno de monedas, sobre todo si fueran de oro.

ANDREA.- ¿De oro?

EPIFANÍA.- Y aunque fuesen de plata.

EMILIA.- Y aunque no estuviese lleno...

EPIFANÍA.- Ah, eso por supuesto. Aunque sólo estuviese..., ¿qué mediado?, terciado, aunque sólo hubiese en un pequeño rincón un cofre con unas cuantas onzas o unos cuantos doblones, sería maravilloso. Nos bastaría para apuntalar este caserón, que se nos cae a ojos vistas y para que nuestros sordomudos y nosotras viviésemos, por lo menos, decorosamente.

EMILIA.- Yo no creo que haya ningún cofre de por medio.

EPIFANÍA.- ¿Qué le lleva a pensarlo así, hermana?

EMILIA.- La madre Federico subió con un martillo y unos hierros como para desclavar algo y hemos estado oyéndole dar golpes... Y un cofre, me parece a mí que se abre más fácilmente... y sin ruido.

EPIFANÍA.- Hay cofres y cofres, hermana Emilia, y los martillazos que oímos, bien pudieron darse sobre un cofre, un arcón o sobre un baúl.

ANDREA.- ¿Un baúl...?

EPIFANÍA.- Sí, hermana, sí. Y la verdad es que la madre Federico, de no ser como es el rencor en persona y estar decidida a vengarse porque le prohibí votar, algo habría dicho de lo que pasa en el desván, sin faltar por ello a la disciplina.

ANGUSTIAS.- ¿Usted cree que es por vengarse por lo que no ha soltado prenda?

EPIFANÍA.- A la madre Federico me la conozco muy bien, madre Angustias.

(En ese instante llega el PADRE RAFAEL. Es un hombre de avanzada edad, patriarcal y apacible. Todas las monjas se ponen de

pie para saludarle.)

RAFAEL.- Buenas tardes.

TODAS.- Buenas tardes, padre Rafael.

RAFAEL.- ¿Qué hay de nuevo en esta casa?

EPIFANÍA.- Por de pronto, Madre Superiora...

RAFAEL.- ¿Ah, sí? ¿Quién ha sido elegida?

EPIFANÍA.- Madre Ángeles.

RAFAEL.- Me parece un acierto. El Espíritu Santo las ha guiado a ustedes, sin duda alguna. ¿Es para comunicármelo para lo que me han hecho venir?

EPIFANÍA.- No, creo que no. Madre Ángeles quiere hablar con usted.

RAFAEL.- ¿Y de qué se trata?

EPIFANÍA.- Si yo lo supiese...

RAFAEL.- ¿Es cosa grave..., urgente?

EPIFANÍA.- Supongo que sí, porque, de no serlo, no se le hubiese molestado.

RAFAEL.- Bien, pues, esperemos a madre Ángeles.

EPIFANÍA.- Está en el desván con... la madre Federico.

RAFAEL.- ¿Con la madre Federico? Pero, ¿aún sigue aquí la tal madre Federico?

EPIFANÍA.- Pues sí.

RAFAEL.- Yo imaginaba que eso...

EPIFANÍA.- No, no. Por el momento, sigue aquí.

RAFAEL.- ¿Y qué opina la madre Ángeles? Tomará medidas, supongo.

EPIFANÍA.- No sé nada. Acaba de ser elegida hace unos minutos. Suba a avisarla, hermana Andrea.

RAFAEL.- Sí, sí, que para mí las escaleras son un martirio.

ANDREA.- En seguida, Madre.

(Y hace mutis en su busca.)

RAFAEL.- Por cierto, mientras llega, ¿le importa decirme cuál de estas dos telas le parece mejor? **(Le enseña dos muestras de tela oscura.)**

EPIFANÍA.- Ésta, creo yo... Pero, ¿para qué la quiere?

RAFAEL.- **(Ruboroso.)** Para hacerme un traje.

EPIFANÍA.- ¿Ah, sí? ¿Se decide usted?

RAFAEL.- A mí, la sotana es lo que me va. La vida entera llevándola... Pero mi sobrinita se ha empeñado en que me lo haga... ¿Por qué negarle ese gusto?

EPIFANÍA.- Pues ésta, ésta. No hay comparación... Y venga a que le veamos cuando lo estrene.

ÁNGELES.- **(Por el foro.)** ¿Qué hay, padre Rafael?

RAFAEL.- Mis felicitaciones, Madre.

ÁNGELES.- ¿Cree que existen motivos?

RAFAEL.- Sé que su cargo le dará muchos quebraderos de cabeza. En realidad, es a las otras Madres a las que debo felicitar.

ÁNGELES.- Muchas gracias, Padre... Y terminado el capítulo de cortesías, voy a explicarle por qué le hemos llamado.

RAFAEL.- Ya me tarda oírsele.

ÁNGELES.- No quisiera que me reprochase haberle hecho abandonar otros asuntos de más importancia sólo por atender a unas monjitas caprichosas.

RAFAEL.- Supongo que se trata de algo serio.

ÁNGELES.- Así es. Verá usted, padre Rafael: sucede lo siguiente... **(Todas se acomodan para no perder palabra, y de especialísima y visible manera, la MADRE EPIFANÍA.)** ¿Les importaría dejarme a solas con el padre Rafael?

EPIFANÍA.- **(Sin poder contenerse. Con violencia.)** ¡Ah, no...! **(Se corrige.)** Dispéñeme, Madre.

(Y en uso de la debida obediencia se pone de pie e inicia el mutis, con las demás, por la derecha.)

ÁNGELES.- **(Cuando ya EPIFANÍA está a punto de desaparecer se compadece de ella y rectifica la orden.)** Quédese, madre Epifanía. Nadie tiene su experiencia en esta casa y su opinión vale muchísimo para mí.

EPIFANÍA.- Como usted diga.

ÁNGELES.- Quédese, quédese... Vamos, si no le sirve de molestia.

EPIFANÍA.- ¿Molestarme? Yo soy muy sincera. Me da usted la alegría del siglo.

ÁNGELES.- **(Se ríe.)** Ay, qué madre Epifanía... **(Transición.)** Bien, mire, padre Rafael, en este convento había un desván, cerrado desde hace mucho por una causa que no se sabía bien cuál era, y que yo acabo de abrir apenas he sido elegida Superiora. Debo decirlo, y esto supongo que no le sorprenderá, que, una vez más, andamos a la cuarta pregunta y con unos duros mal contados por todo capital para hacer la compra de mañana.

RAFAEL.- Tal vez por eso... se decidió a abrir... el desván...

ÁNGELES.- Sí, justo. Lo hice con la corazonada de que el desván nos salvaría.

RAFAEL.- Y esa corazonada, ¿le ha fallado o no?

ÁNGELES.- Creo que no.

RAFAEL.- ¿Qué encontraron en el desván?

ÁNGELES.- El desván estaba vacío...

EPIFANÍA.- ¿Cómo?

ÁNGELES.- ... Con excepción de un inmenso cuadro, que apareció pegado a la pared, entre las ventanas, tapado por unas tablas que hubo que desclavar y cubierto, después, por unas arpilleras.

RAFAEL.- ¿Qué representa el cuadro?

ÁNGELES.- Sobre eso, quizás, pueda haber distintas opiniones. Según la madre Federico, unas ninfas... bañándose...

RAFAEL.- ¿Y quién es el autor?

ÁNGELES.- Ahí sí que no hay, al parecer, duda alguna: El Greco.

RAFAEL.- ¿El Greco?

ÁNGELES.- Sí. La madre Federico es muy instruida en cuestiones de pintura y, según ella, El Greco y sólo El Greco ha podido pintarlo.

(La MADRE FEDERICO llega por las escaleras.)

FEDERICO.- Buenas tardes, padre Rafael. **(Y le besa respetuosamente la mano no sin aprensión por su parte.)**

RAFAEL.- **(Con sequedad.)** Buenas tardes. **(Transición.)** Me dicen que ha aparecido un cuadro del Greco.

FEDERICO.- Sí, del propio Dominico Theotocopuli, y tan cierto como que ahora es de día.

RAFAEL.- Un cuadro que se llama...

FEDERICO.- Pues... no sé bien.

RAFAEL.- ¿Tal vez, «El baño de las ninfas»?

FEDERICO.- Ah, ¿le explicó ya la madre Ángeles? Pues, sí, quizás. En un primer momento se me ocurrió que pudieran ser las musas; pero como había muchas más de nueve, no salía la cuenta.

RAFAEL.- De todas formas, se trata de un baño, ¿no es así?

FEDERICO.- Así es.

RAFAEL.- ¿Y cómo van vestidas... las bañistas...?

FEDERICO.- Ah... en cuanto a eso.

RAFAEL.- ¿Qué?

FEDERICO.- Malas noticias, padre.

RAFAEL.- Explíquese.

FEDERICO.- Yo he oído decir que, por esas playas, se ven cosas muy atrevidas, pero, a juzgar por el cuadro, en tiempos del Greco, la gente se bañaba muy ligerita de ropas. Vaya, ¡a qué andar con rodeos!, en cueros vivos.

RAFAEL.- ¿Qué está usted diciendo?

ÁNGELES.- Mire, padre Rafael, hablando claramente. El cuadro en cuestión es como «El Entierro del Conde de Orgaz», pero a base de mujeres desnudas.

RAFAEL.- Madre Ángeles: ese lenguaje...

ÁNGELES.- ¿Exagero?

FEDERICO.- No, no exagera, es la pura verdad.

ÁNGELES.- ¿Por qué no sube a verlo?

RAFAEL.- **(Tras un segundo de pausa.)** Es evidente que debo subir pero... precisemos entre tanto algunas cosas. El cuadro, ¿es bueno desde el punto de vista artístico?

FEDERICO.- Hombre, el cuadro es una maravilla.

RAFAEL.- ¿Cómo es posible que El Greco pintase esos desnudos?

ÁNGELES.- No se puede uno fiar de nadie, padre Rafael.

RAFAEL.- En toda la obra del Greco no hay un solo desnudo femenino. Yo, párroco en Toledo, me lo conozco muy bien. Sólo algunos paisajes y caballeros enlutados y santos. Ésos eran sus temas. ¿Qué demonio se le ha perdido al Greco con las ninfas?

ÁNGELES.- Yo comparto su sorpresa, Padre, pero usted comprenderá que cuanto más raro sea un cuadro en la obra del artista, mayor es su valor. ¿No le parece?

RAFAEL.- Sí, eso es evidente. Las ninfas y similares en Rubens, por ejemplo, son fruta de todos los días pero... en El Greco...

ÁNGELES.- En El Greco es muy distinto.

RAFAEL.- Así, pues, ese cuadro estaba guardado en un desván que no había sido abierto desde hace...

EPIFANÍA.- Pongamos cien años.

RAFAEL.- Ya se le alcanzará, si el cuadro es como dice, cuál era el motivo de tenerlo cerrado.

ÁNGELES.- Sí, claro que sí...

RAFAEL.- Las Superiores pensaron tal vez que convenía ocultar a la vista de las Hermanas en particular, y de todo el mundo en general, un cuadro como ése y decidieron que lo mejor era encerrarlo con siete llaves.

ÁNGELES.- Puede ser.

RAFAEL.- Y ese cuadro, ¿cómo y cuándo llegó al convento?

EPIFANÍA.- Difícil es de contestar esa pregunta, padre Rafael. Se me ocurre que quizás alguien lo regaló, quizás fue parte de la herencia de alguna de las Madres, y acaso lo escondieron en el desván cuando Napoleón, para evitar que se lo llevaran a Francia...

RAFAEL.- Que sería su sitio...

ÁNGELES.- ¿Quién sabe por qué caminos llegó hasta aquí...?

RAFAEL.- ¿Y está bien conservado?

ÁNGELES.- Eso... Como si se hubiese concluido de pintar ayer.

RAFAEL.- ¿Y de qué tamaño es?

FEDERICO.- Cuatro metros por dos, aproximadamente.

RAFAEL.- Cada vez me parece más necesario verlo...

ÁNGELES.- Hay catorce o quince prójimas de tamaño natural... Y aún sobra espacio para unas encinas, el río y unas nubes como de lluvia.

RAFAEL.- Antes, quisiera preguntarle una cosa. ¿Qué piensa hacer?

ÁNGELES.- **(Enigmática.)** ¡Ah!

RAFAEL.- Quizás fuese prudente volver a cerrar el desván.

ÁNGELES.- Padre Rafael, yo aún no he meditado a fondo sobre lo que significa para la Orden ese descubrimiento, pero desde luego lo anticipo, sin que vea en ello falta alguna de respeto a su autoridad que, eso sí, el desván no se vuelve a cerrar, pase lo que pase.

RAFAEL.- ¿Cómo, cómo?

ÁNGELES.- Vamos, que se cerrará, sí, pero después de haber sacado el cuadro.

RAFAEL.- ¿Para llevarlo a dónde?

ÁNGELES.- Eso ya no lo sé. En todo caso, lo que a usted no se le ocultará es que ese cuadro representa una fortuna. ¿No es así?

FEDERICO.- Incalculable.

ÁNGELES.- Y que las condiciones en que nos encontramos no son las más adecuadas para que la desperdiciemos.

RAFAEL.- Tema muy peliagudo es ése, madre Ángeles, y que convendrá tratar despacio.

ÁNGELES.- Vea el cuadro, padre Rafael.

RAFAEL.- ¿Catorce prójimas ha dicho...?

ÁNGELES.- ¿No le importan las escaleras?

RAFAEL.- Aún no está uno tan caduco, Madre. Veámoslo.

ÁNGELES.- Claro, y después hablaremos.

(El PADRE RAFAEL sube por la escalera con tanta precipitación, que tropieza y está a punto de caerse.)

FEDERICO.- Tranquilo, Padre, tranquilo.

EPIFANÍA.- **(A la MADRE ÁNGELES, que se iba con la MADRE FEDERICO y el PADRE RAFAEL.)** Madre...

ÁNGELES.- **(Retrocede y la mira con curiosidad.)** ¿Qué...?

EPIFANÍA.- **(Humildemente.)** ¿Puedo subir yo, Madre?

ÁNGELES.- **(Bondadosa.)** Sí, suba usted también.

EPIFANÍA.- ¡Ay, qué Madre Superiora más buena hemos elegido!

(Y todos se ponen en marcha -MADRE EPIFANÍA más contenta que ninguna- camino de las escaleras mientras cae el...)

TELÓN

△

Parte II

Cuadro I

La misiva escena. En el dintel de la puerta de la izquierda un letrero que dice: Museo. Hay una pequeña mesita en el primer término de la lateral izquierda, junto a la puerta, y sobre ella unos talonarios.

Sentadas en su torno, la HERMANA ANDREA y la HERMANA EMILIA. La MADRE EPIFANÍA, en el centro, vecina a la mesa de

las elecciones, borda la casaca de un uniforme de diplomático, con grandes lujos de dedales y gafas.

EMILIA.- ¿Y Tarzán...?

(La MADRE ÁNGELES entra por la derecha. Las tres se ponen de pie.)

ÁNGELES.- ¿Cómo va eso, madre Epifanía?

EPIFANÍA.- Poca gente ha venido, Madre. Claro que es lunes y los lunes suelen ser flojos.

ÁNGELES.- ¿Cuántas entradas se vendieron?

EPIFANÍA.- Hasta ahora ninguna.

ÁNGELES.- Es poco tiempo todavía el que llevamos enseñándolo y casi nadie se ha enterado. Yo tengo la completa seguridad de que cuando sea más conocido vendrá más gente.

EPIFANÍA.- Ojalá sea así.

ÁNGELES.- ¿Y qué fue de los muchachos?

EPIFANÍA.- Que sorprendimos viendo el cuadro a tres de la clase de Quinto.

ÁNGELES.- ¿Es posible?

EPIFANÍA.- Nosotras no nos habíamos dado cuenta. Se conoce que entraron por la parte de atrás. Entonces llegó Papiyo y les dijo unas cosas tremendas. Vamos, esa impresión me hizo, porque ya sabe usted que a mí, todo eso de... **(Simula hablar por señas.)** me parece chino... o ruso.

EMILIA.- ¿Permite, Madre, que se lo traduzca yo?

ÁNGELES.- Sí.

EMILIA.- «¿No os avergüenza tener el alma tan sucia siendo la de la madre Ángeles tan limpia?» **(Se azara un poquitín y se calla.)**

ANDREA.- Sí, eso fue lo que dijo.

ÁNGELES.- **(Con indisimulable ternura.)** Papiyo es una de las criaturas más nobles que han pasado por nuestra casa.

EPIFANÍA.- Y de esta crisis de público, ¿qué piensa usted?

ÁNGELES.- Habrá que hacer propaganda. Hoy todo funciona a base de propaganda: lo humano y, si me apura, hasta lo divino. De tal modo que, lo mejor del mundo, sin ella vale muy poco.

EPIFANÍA.- En mis tiempos se decía aquello de que el buen paño en el arca se vende.

ÁNGELES.- Ese refrán se ha anticuado.

(En ese instante entra por la derecha MÍSTER WHITE. MÍSTER WHITE es un norteamericano típico. Larguirucho, a ser posible, y rubio. Usa gafas de concha y viste arbitrariamente a la manera de un turista al que la comodidad le interesa más que el buen parecer.

A MÍSTER WHITE le acompaña un hombre de mediana edad, vivarachito y pícaro que, como se verá pronto, le sirve de intérprete y secretario, y que responde al nombre de FRANCISCO SÁNCHEZ.)

SÁNCHEZ.- **(Se acerca a la MADRE EPIFANÍA.)** ¿Es aquí donde enseñan el cuadro?

EMILIA.- Sí, aquí es.

SÁNCHEZ.- ¿Hay que pagar algo por verlo?

EMILIA.- Sí, señor, diez pesetas cada entrada.

SÁNCHEZ.- (**Risueño.**) ¿Siendo dos no hacen rebaja?

EPIFANÍA.- (**Le mira un poco atrevidamente.**) Sólo si uno es militar.

SÁNCHEZ.- Muy bien. (**Las paga.**) ¿Por dónde es?

EMILIA.- A la izquierda.

(Y hacen mutis los dos por la izquierda.)

EPIFANÍA.- ¿Qué le parece, madre Ángeles? Los hay costrosos. Ha pedido rebaja.

ÁNGELES.- Bromeaba...

EPIFANÍA.- Óigame, Madre, y de aquel griego que quería comprar el cuadro, ¿no se volvió a saber nada?

ÁNGELES.- Calle, calle, menudo chasco... Escribió una carta volviéndose atrás.

EPIFANÍA.- Él ya había hablado de lo de la compra.

ÁNGELES.- Sí, pero todo se quedó en agua de cerrajas. En fin, ya cambiará la suerte.

(Y hace mutis por el claustro.)

ANDREA.- Madre Epifanía, ¿por qué no nos sigue contando la película?

EMILIA.- Sí, sí, que da gusto oírla.

EPIFANÍA.- Bueno, pues, imagínense un río lleno de cocodrilos...

EMILIA.- ¿De cocodrilos o de caimanes?

EPIFANÍA.- Me ponen en un brete, porque no sé cuál es la diferencia entre los dos. Digamos que eran lagartos grandes.

ANDREA.- ¿Muy grandes?

EPIFANÍA.- Como dos veces la madre Federico tumbada.

(Las dos hermanas se ríen, también, muy divertidas.)

ANDREA.- ¿Y Tarzán?

EPIFANÍA.- Imagínense que Tarzán no tenía otro remedio que cruzar de orilla a orilla y los cocodrilos, bueno, los caimanes, los lagartos, que ya no sé lo que me digo por su culpa, hermana Emilia (**Se encoleriza con cierta violencia un tanto contra la HERMANA EMILIA, otro tanto contra sí misma.**) , clavados allí, en el centro del río, que daban espanto al más pintado. (**Pausa.**) Menos a Tarzán, claro...

ANDREA.- Yo me habría muerto de miedo.

EPIFANÍA.- Y de pronto, Tarzán, que calcula la distancia, que coge carrerilla, da un salto tremendo y, en menos de un suspiro, cruza el río tan campante... Y los cocodrilos... o los lagartos... que se quedan, así, con la boca abierta, como diciendo: «Vaya, nos dejaron sin almuerzo...»

ANDREA.- (**Palmotea.**) ¡Qué valiente!

EMILIA.- ¿Y cómo acaba?

EPIFANÍA.- Casándose con la novia que le esperaba en la otra orilla.

EMILIA.- Qué final tan raro...

EPIFANÍA.- En el cine, no tanto. Bueno, al menos, en las películas que yo he visto.

EMILIA.- Pero, ¿vio muchas, Madre?

EPIFANÍA.- Vi otra, antes de entrar en el convento. También se casaban: parece que es la costumbre.

ANDREA.- ¿Y cómo iba vestido Tarzán, madre Epifanía?

EPIFANÍA.- Pues... **(Se da cuenta ahora de lo que no se había enterado todavía y se le escapa un grito de escándalo.)** ¡¡Ay, Jesús!!

EMILIA.- ¿Qué le pasa?

EPIFANÍA.- **(Airadísima.)** ¡Nada! No tengo por qué contestar a ciertas preguntas. ¡Iba vestido de marinero!

(Pausa, un tanto incómoda, que rompe la MADRE ANGUSTIAS.)

ANGUSTIAS.- **(Por la derecha.)** ¿Y la Madre Superiora?

EPIFANÍA.- Se ha marchado hace un momento.

ANDREA.- ¿La busco, madre Angustias?

ANGUSTIAS.- Sí, dígale que la señora Estébanez desea hablarla.

(ANDREA se levanta para llevarla el recado, pero la reaparición de la MADRE ÁNGELES se lo evita.)

ANGUSTIAS.- Está la señora Estébanez.

ÁNGELES.- ¿La señora Estébanez? Mire, madre Epifanía, a ésa se me ocurre que ya le llegó lo de la propaganda. **(Transición.)** ¿De qué se ríe usted?

ANGUSTIAS.- No, de que la madre Federico...

ÁNGELES.- Don Federico...

ANGUSTIAS.- Bueno, don Federico, que le tiene una manía tremenda, la ha visto cuando bajaba del coche y ha dicho entre dientes, sin darse cuenta de que yo le oía: «Ya está ahí esa tarasca».

ÁNGELES.- **(Se ríe, como si en el fondo le diese la razón.)** Ande, que pase... **(Un titubeo malicioso que la MADRE ANGUSTIAS y la MADRE EPIFANÍA le celebran.)** la señora Estébanez...

(ANGUSTIAS hace mutis por la derecha.)

EPIFANÍA.- ¿Le estorbamos?

ÁNGELES.- No, pero si se llevan la mesa al otro lado, la recibiré aquí, que todo anda manga por hombro en la sala de visitas.

EPIFANÍA.- Con mucho gusto.

(ANDREA y EMILIA cogen entre las dos la mesa y, seguidas de EPIFANÍA, hacen mutis por la lateral izquierda. Por la derecha, entra la señora ESTÉBANEZ. Es una señora empingorotada y fachendosa. Velo, devocionario, abanico. Su primera mirada, harto significativa, es para el museo.)

LOLA.- Buenas tardes, madre Ángeles.

ÁNGELES.- **(Que estaba de espaldas a ella.)** Buenas tardes, doña Lola. ¡Qué alegría verla! Ya sabe lo que se la quiere en esta casa.

LOLA.- Y a ustedes en la mía. Aunque pasen cosas que me hagan pensar si una pone su afecto en buen sitio.

ÁNGELES.- Por Dios, ¿de verdad piensa usted eso algunas veces? **(Risueñamente.)** Ah, no, no... tiene que darnos explicaciones. Doña Lola manda en este pobre convento, sólo un puntito menos queda Madre Superiora. ¿Es así o no?

LOLA.- Huy, huy...

ÁNGELES.- Como si eso fuese poco, cuando doña Lola aparece en esa puerta, a todo el convento le entra una alegría que nadie disimula. Quisiera que hubiese visto llegar a la madre Angustias anunciándome que venía usted. Con una cara de pascuas que no la mejoraría ni para anunciar al señor Obispo... en el supuesto caso de que nos visitase, que muy olvidadas nos tiene Su Ilustrísima.

LOLA.- ¿Y es que no vino por aquí el señor Obispo?

ÁNGELES.- No. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Ha oído decir que vendría?

LOLA.- No, eso no. Pero me extraña que no se haya dado ya una vueltecita.

ÁNGELES.- ¿Para qué?

LOLA.- Dejémonos de historias: para ver el cuadrito.

ÁNGELES.- Pues, mire, en eso puede que lleve usted razón, porque creo que es muy aficionado a la pintura.

LOLA.- Madre Ángeles: una tiende, no sé bien por qué, a suponer en todas las monjas un cierto grado de ingenuidad, pero me parece que usted se está pasando de la raya.

ÁNGELES.- ¡Doña Lola...!

LOLA.- El cuadro que están ustedes exhibiendo en el convento es una pura indecencia. **(Transición. Como liberada.)** Bueno, ya lo dije.

ÁNGELES.- ¿Se quedó tranquila?

LOLA.- Del todo, no; pero más desahogada, sí.

ÁNGELES.- **(Reflexiona.)** Una indecencia... Según usted es una indecencia el tal cuadrito.

LOLA.- Sí, madre Ángeles, como la copa de un pino.

ÁNGELES.- **(Tras un segundo de reflexión se ríe.)** Como la copa de un pino. Ya ve usted, yo no diría eso. En el cuadro hay mucha molla al aire, eso es verdad. Si algo semejante viésemos entre los árboles de la Alameda, que por cierto, se parecen muchísimo a los del cuadro, nos haríamos cruces, no lo dude. Pero algo tiene el cuadrito que es como si le quitase importancia a tanto descaro, a tanto pecho descubierto, a tanto trasero gordo.

LOLA.- ¡Madre Ángeles!

ÁNGELES.- ¿Por qué espantarse de las palabras? ¿Vio usted el

cuadro o no?

LOLA.- No. Ni tengo ganas de verlo, y si las tuviese, su descripción me las quitaría definitivamente.

ÁNGELES.- Si en el cuadro no hubiese más, acaso fuese una pura indecencia. Pero no me dejó concluir. En el cuadro hay algo que reduce todo eso a segundo término, y le borra cuanto pueda tener de malicioso o de sucio.

LOLA.- ¿El marco?

ÁNGELES.- (**Se ríe.**) No... qué graciosa es usted... El arte.

LOLA.- ¿Eso es arte?

ÁNGELES.- Fíjese que yo no podría imaginarme que un... espectáculo así, como el del cuadro, pudiese ser visto sin escandalizarse. La primera vez que lo vi me puse colorada, se lo aseguro. Fue como cuando una sale a la calle en verano y le da en la cara una bocanada de aire caliente. Pero muy pronto empecé a pensar que el hombre que había pintado aquellas mujeres no lo había hecho por pecar, ni para que pecasen quienes viesan su obra, sino en un momento de inspiración, asistido de un talento especial, como llevado de la mano de Dios.

LOLA.- ¿Usted defiende esas inmoralidades?

ÁNGELES.- Si las defiende es porque no lo son.

LOLA.- Nunca oí mayor disparate.

ÁNGELES.- Sólo es inmoral el pecado y en ese cuadro no hay más pecado que el que llevan en los ojos quienes lo miran con malicia. Por otra parte, según el padre Rafael, que al principio se asustó mucho y después me dio la razón, en el Vaticano se ven cosas peores.

LOLA.- Le suplico que no me hable usted del Vaticano.

ÁNGELES.- ¿Qué le pasa con el Vaticano?

LOLA.- Tengo mis ideas sobre aquella gente y apenas haya un sitio donde apuntarse para protestar, que cuenten con mi firma.

ÁNGELES.- ¿No está usted conforme?

LOLA.- No, madre Ángeles. No estoy conforme, entre otras muchas cosas, con esos curitas faldicortos ni con esas misas en las que se entiende todo desde el principio hasta el fin y que se oyen los sábados y valen para los domingos. Pero ¿qué es lo que persiguen? ¿Poner el Cielo al alcance de todo el mundo?

ÁNGELES.- Tal vez sí.

LOLA.- Y si ahora resulta que lo ofrecen con tantas facilidades, ¿qué papel hacemos los que nos lo hemos estado ganando a pulso la vida entera? Ah, no, eso no. Si nos lo llenan de gentes de la cáscara amarga, de socialistas y de negros, ah, y de casaditos a la píldora, el Cielo para mí perderá gran parte de su interés.

ÁNGELES.- (**Se sonríe.**) Bien, doña Lola, bien.

LOLA.- Pero, en fin, no es el momento oportuno para tratar este tema. Yo venía aquí a algo más preciso.

ÁNGELES.- Usted dirá.

LOLA.- Cuando apareció el tal cuadrito, yo estaba tomando las aguas, como usted sabe.

ÁNGELES.- Por cierto, ¿qué tal va del reuma?

LOLA.- Del reuma muy bien, gracias. Y, por tanto, no me enteré de nada. La primera noticia que me llegó de su existencia fue cuando un griego, que se llamaba Algo... nópulos, o cosa parecida, quiso comprarlo. Fue entonces, también, cuando supe de qué trataba el tal cuadrito y por qué se había engolosinado el griego, que, según lo pienso, debía ser un degenerado de tomo y lomo.

ÁNGELES.- (**Se ríe.**) No me producía a mí esa impresión. Era, eso sí, un desaprensivo, un fresco, que no tenía donde caerse muerto y que alardeaba de más yates que lanchas hay en el Pisuerga.

LOLA.- Mire usted, Madre, a mí el que sacasen una renta al cuadro me parecería perfecto si representara lo que representan los cuadros decentes: la retirada de Napoleón, el entierro de Felipe el Hermoso, la toma de Granada o, por lo menos, la de Alhucemas. Yo sé que hay mucha corrupción en el mundo y que por ver esos cuadros no hay quien pague un céntimo y que en cambio apenas aparece una buena moza luciendo el escote, todo son aperturas.

ÁNGELES.- Aquí no crea usted que tantas, doña Lola.

LOLA.- Sean cuales sean las que provoquen el cuadrito, somos más de una y de dos las señoras que no estamos dispuestas a tolerar que se exhiban esas desvergüenzas, y ésa es la razón de que yo venga a invitarle a usted, en nombre de todas, a que se guarde otra vez el tal cuadrito en el desván, de donde lo sacó el demonio.

ÁNGELES.- ¿El demonio llevando y trayendo cuadros de un sitio a otro como un mozo de cuerda? ¡Qué poca importancia le da usted al demonio!

LOLA.- Sin bromas, madre Ángeles. ¿Qué es lo que contesta a mi invitación?

ÁNGELES.- ¿A eso de volver a guardar el cuadro?

LOLA.- Sí, a eso.

ÁNGELES.- Pues mire, doña Lola (**Muy tenuemente, pero con firmeza.**) , que no.

LOLA.- Supongo que habrá meditado usted su respuesta.

ÁNGELES.- Pues, sí...

LOLA.- ¡Y que se le alcanzarán más o menos las consecuencias!

ÁNGELES.- ¿Cuáles pueden ser?

LOLA.- Usted me hablaba de las atenciones que me guardaban en esta casa. Pero no habrá olvidado las que se le guardan a usted y a toda la comunidad en la mía.

ÁNGELES.- Se las agradezco de corazón.

LOLA.- ¿Se le ha ocurrido a usted pensar qué fácil sería el que las perdiese?

ÁNGELES.- (**Como si las recordase.**) ...Las limosnas... las ropas... los dos sacos de harina que nos mandan en otoño...

LOLA.- Y bastantes más, madre Ángeles. El ambiente de cariño, de respeto, que se les tiene, y las funciones de aficionados a beneficio de los sordomudos... y las visitas que les hacemos con tanta frecuencia... y cómo nos precipitamos a socorrerlas cuando suena la campanita...

ÁNGELES.- ¿Perderíamos todo eso, señora Estébanez?

LOLA.- Sí, madre Ángeles.

ÁNGELES.- Lo lamento en el alma, señora, pero no puedo permitirme el lujo de conservarlo. Los beneficios que esperamos del cuadro son tan importantes que resuelven nuestros problemas y yo no soy quien para renunciar a ellos.

LOLA.- Conforme. Veo que ha tomado al peso lo que le viene de un lado y lo que le viene del otro y ha preferido inclinarse por el cuadrito. Adelante. Al final sabremos si fue un acierto o un error.

ÁNGELES.- De acuerdo, al final lo sabremos, doña Lola.

LOLA.- Pues, buenas tardes, madre Ángeles.

ÁNGELES.- Pues, buenas tardes, señora Estébanez.

(La señora ESTÉBANEZ hace mutis por la lateral derecha acompañada, con la cortesía debida, por la MADRE ÁNGELES. ANDREA aparece por la izquierda en actitud de buscar a alguien. Ve la sala vacía y entonces hace mutis por la puerta del claustro. La MADRE ÁNGELES regresa ahora por la derecha. ANDREA reaparece.)

ANDREA.- Madre Ángeles, esos señores que estaban viendo el cuadro quieren hablarle.

ÁNGELES.- Que entren.

ANDREA.- **(Nota el aire irritado de la Superiora.)** ¿Le sucede algo, Madre?

ÁNGELES.- No, no me sucede nada.

(ANDREA se va y poco después reaparece en compañía de MÍSTER WHITE y de SÁNCHEZ. MÍSTER WHITE habla en el acento de su país de origen. A la inteligencia del actor se le encomienda la tarea de imitarlo. Confiando en ella, nos ha parecido ocioso servirnos de la pronunciación figurada que poco puede ayudarle.)

MÍSTER WHITE.- ¿Es usted la señora que dirige el cotarro?

ÁNGELES.- **(Sorprendida.)** Bueno... el cotarro...

SÁNCHEZ.- No, míster White, no se dice el cotarro...

MÍSTER WHITE.- Yo se lo he oído decir a usted.

SÁNCHEZ.- Era refiriéndome a otras cosas... Míster White pregunta si es usted la Superiora del convento.

ÁNGELES.- Sí, yo lo soy.

MÍSTER WHITE.- Mi nombre es Alfred White. **(Le enseña una tarjeta.)** De la Fundación Mélon, de Washington.

SÁNCHEZ.- **(Ante una mirada interrogante de la MADRE ÁNGELES.)** Es el Museo de Pinturas de Washington.

ÁNGELES.- Ya entiendo... **(Les invita a sentarse.)**

MÍSTER WHITE.- Señora...

ÁNGELES.- Madre Ángeles, es mi nombre.

MÍSTER WHITE.- Ah, bien, madre Ángeles: yo soy el jefe de compras en Europa de la Fundación Mélon. Yo vengo todos los años para ver qué es lo que se vende en Europa de valor artística y llevármelo a Washington. Cuadros, esculturas, libros... Do you understand me? («¿Du yu anderstand mi?») ¿Me entiende?

ÁNGELES.- Sí, sí... ¿Y compra muchas cosas?

MÍSTER WHITE.- Oh, sí, muchas... Y muy bonitas... Y no sólo en las ciudades, en los pueblos... En los pueblos se encuentran... preciosidades... Y en este he visto una que me ha gustado mucho.

ÁNGELES.- ¿El cuadro?

MÍSTER WHITE.- Oh, yes... El cuadro... Es un cuadro very beautiful («veri biútiful»). Yo no sabía que El Greco...

ÁNGELES.- Sí, ha sido una sorpresa para todos.

MÍSTER WHITE.- Se conoce que el tío se cansó de pintar santos y frailes y caballeros vestidos de negro, con la mano aquí (**Señala el pecho.**) , y dijo: «Ahora voy a divertirme un poco.» ¿No cree usted, Madre, que eso es lo que le pasó al Greco?

ÁNGELES.- Mire, yo no estoy muy enterada de la vida del Greco, pero, seguramente... Sí... puede que sea eso lo que le haya pasado al hombre.

MÍSTER WHITE.- Una reacción natural, ¿verdad? Cuando vuelva a Washington, he de consultar el caso con un psiquiatra. Pero, en fin, lo que yo quería decirle es otra cosa. A mí me interesaría comprar el cuadro.

ÁNGELES.- ¿Sí?

MÍSTER WHITE.- Yo lo encuentro very exciting («veri exsaiting».) y sé que en Washington será una revolución. Así que... ¿cuánto pide usted?

ÁNGELES.- Míster White, yo, la verdad...

SÁNCHEZ.- A lo mejor es que no pensaba venderlo y que esta proposición de míster White le coge a usted de sorpresa...

ÁNGELES.- No, lo que sucede es que yo preferiría que tratarasen de este asunto con otra persona.

SÁNCHEZ.- Ah, perfecto. ¿Con quién?

ÁNGELES.- Con don Federico, que es el que ha llevado la administración del convento hasta hoy y que, justamente hoy, nos deja. ¡Hermana!

(Se ha levantado un instante para llamarla. MÍSTER WHITE se levanta, también, y examina la estancia. Un momento después hace mutis por la puerta del claustro.)

ANDREA.- Mándeme, Madre.

ÁNGELES.- Avise a don Federico que venga un instante.

ANDREA.- En seguida.

(Se va por la escalera.)

SÁNCHEZ.- **(Confidencialmente.)** Es un lila: clávele.

ÁNGELES.- **(Sorprendida.)** ¿Cómo dice?

SÁNCHEZ.- Esta forrado de dólares el tipo.

MÍSTER WHITE.- **(Reaparece.)** Y la iglesia, ¿la venden?

ÁNGELES.- Ah, no, ésa no.

MÍSTER WHITE.- Es una lástima...

ÁNGELES.- Pero; ¿para, qué la querría usted?

MÍSTER WHITE.- Para llevármela. Piedra a piedra... Y armarla allí. Ya nos hemos llevado alguna. Y castillos, también nos hemos llevado castillos.

ÁNGELES.- No se privan de nada.

MÍSTER WHITE.- El claustro es muy bonito.

ÁNGELES.- Sí que lo es, pero tampoco se vende.

MÍSTER WHITE.- ¿Qué dice esa inscripción?

ÁNGELES.- ¿Ésa? Mi latín es muy pobre, míster White. Hace un elogio de nuestra fundadora. Dice que...

(Le acompaña al claustro, en actitud de mostrarle la lápida a MÍSTER WHITE. Simultáneamente, va por la derecha DON EVARISTO SOMOZA, hombre que viste con ostensible severidad, de autoritario porte, sobrio de ademanes e inflexiones.)

SOMOZA.- **(A SÁNCHEZ.)** Para ver el cuadro...

SÁNCHEZ.- Perdone, yo no soy de la casa. **(Se asoma a la izquierda.)** Señorita... digo, Hermana. **(Se asoma la HERMANA EMILIA.)** Aquí, este cliente...

SOMOZA.- ¿Se puede ver el cuadro?

EMILIA.- Sí, claro. **(Tiende la mano hacia dentro y saca el talonario.)**

SÁNCHEZ.- Le gustará, es fenómeno.

(SOMOZA no se digna contestar.)

EMILIA.- Son diez pesetas.

SOMOZA.- **(Paga y examina la entrada que le tiende.)** Hay que sellarla, Hermana.

(Mutis por la izquierda. Ahora SÁNCHEZ mira con misteriosa curiosidad la estancia. Por las escaleras baja la HERMANA ANDREA. Rezagadamente, le sigue la MADRE FEDERICO.)

ANDREA.- **(Para sí.)** ¿Dónde se habrá ido...?

SÁNCHEZ.- ¿Busca usted a la Superiora? En el claustro la tiene con míster White.

ANDREA.- ¡Ah!

(Y se va por la puerta del claustro. La MADRE FEDERICO se dispone a seguirla pero de pronto se tropieza con SÁNCHEZ. Los dos se quedan mirándose fijamente.)

SÁNCHEZ.- ¡No! ¡No! ¡No! ¿Qué veo? ¡Mi madre! ¿Tú eres Fede?

FEDERICO.- Tú eres Sánchez.

SÁNCHEZ.- Tantos años sin saber dónde andabas. ¿Qué haces aquí?

FEDERICO.- Ya te explicaré.

SÁNCHEZ.- ¡Y de monja!

FEDERICO.- Sí, pero cállate.

SÁNCHEZ.- ¿Es que sueño? ¿Deliro? ¿Me he vuelto loco?

FEDERICO.- Nada de eso. Pero, cállate. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida?

SÁNCHEZ.- Trabajo para los americanos por el momento, pero si me das una llamadita los mando a América y me pongo a tus órdenes.

FEDERICO.- ¿Ganas dinero fresco?

SÁNCHEZ.- Con los americanos, así, en general, no hay quien gane un céntimo. Son unos rácanos...

FEDERICO.- ¿Y por que tú, entonces...?

SÁNCHEZ.- Yo soy como el secretario de uno que es un mirlo blanco. Y no me va mal del todo. **(Transición.)** Oye, ¿te acuerdas de esto, Fede, te acuerdas? **(Señala el convento.)**

FEDERICO.- **(Le impone silencio.)** Por lo que más quieras... Y de tu mujer, ¿qué fue?

SÁNCHEZ.- Palmó.

FEDERICO.- ¡La Engracia...! No es posible...

SÁNCHEZ.- El cuarenta y uno, nada menos.

FEDERICO.- ¡Qué pérdida para ti, muchacho!

SÁNCHEZ.- Claro que tú te la habías trajinado el cuarenta.

FEDERICO.- ¡Calumnias!

SÁNCHEZ.- Me lo confesó ella misma.

FEDERICO.- Era muy fantasiosa. Te aseguro que...

SÁNCHEZ.- **(Magnánimo.)** Es igual, Fede. Lo pasado, pasado. ¿Tú sabes lo que es la prescripción?

FEDERICO.- Hombre, sí...

SÁNCHEZ.- Pues para mí, eso ha prescrito. Toma. **(Le da un puro.)**

FEDERICO.- Gracias. Hace un siglo que no lo pruebo. **(Transición. La MADRE ÁNGELES regresa, seguida de MÍSTER WHITE y de ANDREA que se reincorpora a su puesto en el museo.)** ¿Preguntaba por mí, madre Ángeles?

ÁNGELES.- **(Con cierto disgusto.)** Sí, le presento a míster White, del Museo de Washington y al señor...

SÁNCHEZ.- Francisco Sánchez es mi nombre.

MÍSTER WHITE.- How do you do? («jau du yu du».)

FEDERICO.- Jau du... Mucho gusto. **(Al intérprete.)** ¿Cómo está usted?

SÁNCHEZ.- Muy bien.

(Según era de prever, la MADRE FEDERICO ha causado el asombro de MÍSTER WHITE que habla en voz baja con SÁNCHEZ.)

ÁNGELES.- **(En tono de reprimenda, procurando no ser oída más que de la MADRE FEDERICO.)** ¿Cómo es que todavía lleva hábito?

FEDERICO.- Ya le explicaré, madre Ángeles.

ÁNGELES.- Si lo hubiese sabido, no le habría hecho llamar.

FEDERICO.- No se enfade.

MÍSTER WHITE.- What strange mones are in Spain... («juot streinch mons derar in Spain».)

SÁNCHEZ.- **(Se ríe a pesar suyo y parece darle la razón.)** Oh, yes, yes...

ÁNGELES.- ¿De qué se ríen, si puede saberse?

SÁNCHEZ.- Oh, de nada, Madre, de nada.

ÁNGELES.- Yo sí lo sé. Hablo un poco de inglés. Lo bastante para entenderles. «Qué monjas tan raras hay en España». ¿No es eso lo que ha dicho?

SÁNCHEZ.- Bueno, pero, en fin, es un comentario sin malicia.

ÁNGELES.- **(A la MADRE FEDERICO.)** Bien, ese señor está buscando cosas para América y quiere comprar el cuadro.

MÍSTER WHITE.- Sí, ¿cuánto vale?

FEDERICO.- Veinticuatro millones de pesetas.

SÁNCHEZ.- **(Sin poder contenerse.)** Jolín.

MÍSTER WHITE.- How much in dollars? («jau moch in dolar?»)

SÁNCHEZ.- **(Rumia la equivalencia unos instantes.)** Ejem... four hundred thousand («for jandre zausan».) **(Para sus adentros.)** Lila, pero no tanto.

(Pausa.)

MÍSTER WHITE.- ¿Es su último precio?

FEDERICO.- Ni un céntimo menos.

MÍSTER WHITE.- Okey. («Oquey».) Voy a telefonear a Washington. Si Washington da la conformidad, ¿podría llevármelo en seguida?

ÁNGELES.- Antes, habría que contar con el señor Obispo.

MÍSTER WHITE.- Ah, ya. **(Saca el talonario de cheques.)** La comisión del señor Obispo.

SÁNCHEZ.- Míster White, cuidado con lo que dice.

ÁNGELES.- Habría que pedirle su autorización, que puede darla o no, pero gratis, míster White, sin comisiones.

FEDERICO.- También habrá que contar con la Aduana.

MÍSTER WHITE.- Oh, nada de Aduana, tengo mi experiencia.

FEDERICO.- ¡Ojo, míster White!, que eso es muy delicado.

MÍSTER WHITE.- Damn... ¿Me venden o no me venden el cuadro?

SÁNCHEZ.- Sí, míster White, ya le han dicho a usted que sí, pero no para que se lo lleve puesto.

MÍSTER WHITE.- ¡No irán a vendérselo a otro!

ÁNGELES.- No, eso no.

MÍSTER WHITE.- Well. Voy a telefonar. Si puedo, vuelvo en seguida. Aquí tengo el número. **(Lo busca en su agenda.)**

FEDERICO.- Good by.

SÁNCHEZ.- Ya que el señor Obispo no cobra comisión, harán algún regalo al secretario, ¿verdad?

ÁNGELES.- Cuento usted con un regalo.

MÍSTER WHITE.- **(Encontró el número. A punto de hacer mutis.)** Óiganme, yo soy muy curioso. **(Se dirige a la MADRE FEDERICO.)** ¿Podría explicarme por qué usted...?

SÁNCHEZ.- **(Le interrumpe antes de que termine la frase.)** Come in, míster White. («Cam in».) No pregunte...

(Y se lo lleva por la derecha.)

ÁNGELES.- Madre Federico, ¿se ha percatado de lo que se nos entra por las puertas?

FEDERICO.- Yo no estoy tan seguro como usted.

ÁNGELES.- ¿Por qué?

FEDERICO.- Por el Estado.

ÁNGELES.- ¿Y qué tiene que ver el Estado aquí? Es usted la campana de la agonía. **(Transición.)** ¡Madre...! Y, por cierto, ya vio la sorpresa que les ha causado. ¿Cómo salió vestido así?

FEDERICO.- Pero, Madre...

ÁNGELES.- Ni madre, ni historias. Le dije ayer que éste era su último día en el convento. Todos estos episodios del cuadro han ido demorándolo, y más que nada aquel ataque al corazón que dice que tuvo.

FEDERICO.- ¿Cómo que dije? Y del que no estoy curado por completo.

ÁNGELES.- Bueno, bueno... ¡Hermanas! ¡Madres!

FEDERICO.- Nunca imaginé que cumpliera su amenaza, enfermo como estoy.

ÁNGELES.- Menos farsas: usted es un roble. En consecuencia, prepárese para marcharse. Y ahora, mejor que nunca. Si no, me expondría a seguir los pasos de la madre Rosario y a tenerle a usted en el convento hasta mi muerte, como ella.

FEDERICO.- ¿Será capaz, Madre, de convertir el día de hoy, que es de alegría para todos, en un día de luto para mí?

ÁNGELES.- Soy capaz. ¡Hermanas!

FEDERICO.- **(Suplicante.)** Madre Ángeles...

ÁNGELES.- Ande, ande, no me suspire. Por de pronto, llame a las otras Madres, que quiero que sepan lo del cuadro.

FEDERICO.- Usted manda. **(Y se marcha por la lateral derecha. Se le oye dar unas palmadas mientras grita.)** ¡Hermanas, Madres, que las llama la Madre Superiora!

(La MADRE SUPERIORA, por su parte, desde la puerta del

claustro, las llama igualmente.)

ÁNGELES.- ¡Madres, Madres, vengan en seguida!

(Poco a poco van acudiendo la HERMANA ANDREA y la HERMANA EMILIA, la MADRE EPIFANÍA, la MADRE ANGUSTIAS y alguna más. La MADRE FEDERICO entra la última.)

EPIFANÍA.- ¿Qué es lo que sucede, Madre?

ÁNGELES.- Nuestra Santa Patrona se ha acordado de nosotras y nos tiende su mano.

EPIFANÍA.- ¿Sí? ¿Y cómo?

ÁNGELES.- El cuadro, madre Epifanía, el cuadro... **(A todo esto ya llegaron las monjas que faltaban y la MADRE ÁNGELES se decide a comunicar a todas la buena nueva.)** ¡Un americano nos compra el cuadro!

EPIFANÍA.- Dios sea bendito.

ANDREA.- ¡Huy, qué alegría!

(Las Madres y Hermanas repiten el mismo comentario que ANDREA. Una oleada de júbilo llena el convento.)

EPIFANÍA.- Madre Ángeles: hasta mis oídos ha llegado el rumor de que los americanos tienen mucho dinero. Yo sé que no necesito recomendarle a usted que le apriete las clavijas pero...

ÁNGELES.- Millones, millones... nos paga millones, madre Epifanía.

EPIFANÍA.- ¿Sí?

ÁNGELES.- Los necesarios para que ensanchemos el convento y para que admitamos a todos los sordomudos de España y a todos los de Francia, que por cierto, pienso que no se diferenciarán en nada. Los necesarios para que no nos sea preciso depender de ninguna señora Estébanez ni de nadie y podamos hacer el bien por nuestra cuenta, y retirar el cepillo y quemar la campana y reírnos de las funciones de aficionados y de las tómbolas benéficas. ¿No les parece maravilloso? **(Grandes aplausos festejan el parecer de la MADRE ÁNGELES.)** Así, pues, hoy es una fecha muy señalada y quiero celebrarla. Llamaremos al padre Rafael para que nos cante un Te Deum en acción de gracias.

ANGUSTIAS.- Madre, ¿me permite que haga un postre de cocina como en los buenos tiempos?

ÁNGELES.- Permitido. Hoy lo permito todo. ¿Qué quieren ustedes? Pidan lo que quieran.

ANDREA.- Madre: compre una radio. **(La MADRE FEDERICO hace mutis por la escalera.)** ¿Verdad que no es pecado el que me guste la radio?

ÁNGELES.- No, hija, no. Hay gustos para todo.

ANDREA.- Yo es que no he vuelto a oírla desde que entré en el convento.

ÁNGELES.- ¿Qué edad tenía?

ANDREA.- Quince años.

ÁNGELES.- **(Sonríe, conmovida al verla tan joven.)** Hace poco entonces...

ANDREA.- Huy, Madre, no tan poco...

ÁNGELES.- **(Parece titubear un instante. Por fin se decide.)**
¡Compraremos la radio!

(La decisión de la Superiora es acogida con regocijo.)

ANDREA.- Dios se lo pague, Madre.

EPIFANÍA.- Ya, en ese plan, hermana Andrea, mejor habría sido que pidiera una televisión.

ÁNGELES.- La televisión, madre Epifanía, de creer a la señora Estébanez, es un puro escándalo.

(En este instante se oye la voz de un LOCUTOR de radio.)

LOCUTOR.- ... el régimen de nubes que empezó a formarse en el Noroeste se extiende por la península y ha provocado precipitaciones en el Cantábrico, sobre todo en Bilbao, donde se recogieron catorce litros por metro cuadrado...

ANDREA.- **(Deslumbrada.)** ¡La radio!

(Y corre al encuentro de la voz. La MADRE FEDERICO baja por la escalera llevando una radio de transistores.)

LOCUTOR.- En el resto de España, tiempo nuboso. La mínima se registró en la provincia de Soria...

FEDERICO.- **(Interrumpe.)** Como siempre.

LOCUTOR.- ... con dos grados bajo cero. La máxima en Mallorca.

ÁNGELES.- ¿De dónde saca usted eso?

FEDERICO.- La tenía guardada, Madre.

ÁNGELES.- ¡Busque algo menos aburrido!

(La MADRE FEDERICO obedece y un tema yeyé salta estruendosamente en medio del convento, circundado por el asombro y la curiosidad de las Hermanas.)

FEDERICO.- ¿Qué les parece esto? ¿Les gusta?

ÁNGELES.- ¿Qué es eso?

FEDERICO.- Así, con mucha exactitud, no sé; pero es algo de baile.

ÁNGELES.- ¿De baile? ¿Esa música se puede bailar?

FEDERICO.- Yo creo que sí, Madre. He visto algunas fotografías de gentes que debían estar bailando eso.

ANGUSTIAS.- ¿Y cómo se baila?

FEDERICO.- No me atrevo a explicárselo.

ANGUSTIAS.- ¿Por qué no?

FEDERICO.- Tendrían que mandármelo.

EPIFANÍA.- ¿A que hay que acompañarlo dando palmadas? **(Y ella las da por su cuenta.)**

ÁNGELES.- ¿Qué es lo que le pasa a ese baile? ¿Que es muy raro?

FEDERICO.- Sí, Madre, rarísimo. ¿Qué hago, Madre? ¿Lo bailo o no

lo bailo?

(La MADRE ÁNGELES se ríe y consulta a las demás Madres, con la mirada, cuál debe ser su actitud. Hay un ambiente propicio para que a la MADRE FEDERICO se le autorice su exhibición. Y seguramente la MADRE ÁNGELES acabaría dándosela si no fuese porque en ese momento aparece por la puerta de la izquierda DON EVARISTO SOMOZA. Ya le habíamos visto con anterioridad pero no estará de más subrayar su aire sombrío, su cara de pocos amigos. Naturalmente, la MADRE FEDERICO cierra la radio y se produce un silencio instantáneo.)

SOMOZA.- ¿La Madre Superiora?

ÁNGELES.- ¿De dónde sale usted?

SOMOZA.- Estaba viendo el cuadro.

ÁNGELES.- (A EMILIA.) ¿Por qué no me lo advirtieron?

(La HERMANA EMILIA se excusa ruborizadamente y sin palabras.)

SOMOZA.- ¿Es usted?

ÁNGELES.- Sí, soy yo. ¿Qué desea?

SOMOZA.- Hablar con usted unos minutos. ¿Puede concedérmelos?

ÁNGELES.- Pues, sí.

(Todas las Hermanas y las Madres se dispersan por un lado y otro y entre ellas, como es natural, la MADRE FEDERICO.)

SOMOZA.- Es a propósito del cuadro de El Greco.

(La MADRE FEDERICO estaba a punto de hacer mutis pero oye estas palabras y se detiene en el umbral. La MADRE ÁNGELES le mira dudando en pedir su apoyo. Por fin, se decide.)

ÁNGELES.- (A la MADRE FEDERICO, en voz baja.) Un instante, espere un instante. **(La MADRE FEDERICO le obedece y se queda en segundo término, de tal manera que SOMOZA, casi de espaldas, no la ve apenas. A SOMOZA.)** Usted me dirá.

SOMOZA.- Me llamo Evaristo Somoza y vengo en nombre del Delegado Provincial.

ÁNGELES.- Muy bien.

SOMOZA.- En la Delegación se tuvo noticia de que hace unos días unos navieros griegos habían querido comprar «El baño de las ninfas». ¿Fue así?

ÁNGELES.- Bueno, hubo, en efecto, conversaciones, pero no se llegó a nada firme.

SOMOZA.- Ese cuadro no se puede vender.

ÁNGELES.- ¿Cómo, cómo...?

SOMOZA.- Entiéndame, pueden, sí, venderlo, a condición de que no salga de España, a quien le parezca oportuno, pero de ninguna manera exportarlo.

ÁNGELES.- ¿Y me puede explicar en qué se funda para prohibirme que lo venda a unos griegos o a unos americanos si nos conviene?

SOMOZA.- En que ese cuadro tiene demasiado mérito artístico para que se autorice su exportación.

ÁNGELES.- Señor Somoza: los griegos de que oyó usted hablar se han ido a Grecia y aquí no ha pasado nada. Pero hay justamente un americano que quiere llevarse el cuadro y que lo paga a precio de oro y si usted nos pone dificultades para que se lo vendamos nos perjudicamos gravemente.

SOMOZA.- Yo no soy quien se lo impide. Es el Estado...

FEDERICO.- (**Gruñe.**) El Estado, ya salió el Estado...

SOMOZA.- (**Que le oyó a medias.**) ¿Decía usted algo, caballero? Ah, perdone, creí que era un hombre.

FEDERICO.- No decía nada.

(Al volverse hacia la MADRE FEDERICO el señor SOMOZA advirtió algo extraño en él. Subraya tal extrañeza con unos segundos de retraso pero se ve claramente que queda afectadísimo por el somero examen a que sometió a la MADRE FEDERICO y que tarda un tanto en reponerse.)

ÁNGELES.- ¿Qué pretende hacer el Estado con el cuadro, señor Somoza?

SOMOZA.- Por el momento impedir que cruce la frontera.

ÁNGELES.- ¿Usted sabe a qué pensábamos destinar el dinero de su venta?

SOMOZA.- No con mucho detalle...

ÁNGELES.- Señor Somoza: aquí tenemos veintisiete sordomudos recogidos a los que damos de comer, muy mal, alojamos, muy mal también, y enseñamos a defenderse en la vida lo mejor que podemos. Son veintisiete nada más, pero como, al parecer, en este país los sordomudos se producen con bastante abundancia, serían cincuenta si dispusiéramos de medios. Vendiendo el cuadro no habría un sordomudo que llamase a esta puerta y que rechazásemos, restauraríamos el convento para que no se nos viniese abajo, ampliaríamos la escuela y construiríamos un frontón o un campo de deportes con el fin de hacerles llevadera su desgracia. Esto, por tanto, daría la felicidad a muchas personas. A usted no le importa, al parecer, condenarnos a la miseria con tal de que «El baño de las ninfas» se quede en el convento o se cuelgue en un museo. ¿Es así?

SOMOZA.- Yo no soy el legislador sino el funcionario. A mí no me corresponde discutir la ley, sino aplicarla. Pero encuentro muy natural que el Estado no se desprenda de su riqueza.

ÁNGELES.- ¿Y por qué no deja que se canjee?

(La MADRE EPIFANÍA curioseaa, a lo largo de la escalera, por la ventana del claustro.)

SOMOZA.- ¿Que se canjee?

ÁNGELES.- También es riqueza un internado confortable, unas aulas con luz y calefacción donde nadie se muera de frío, y en donde el estudio se haga agradable y no odioso, y de las que salgan gentes bien dispuestas para la vida y no resentidos.

SOMOZA.- Vamos, ustedes venderían el Prado para hacer una barriada de viviendas protegidas.

ÁNGELES.- Nosotros venderíamos únicamente «El baño de las ninfas» para hacer un asilo de sordomudos.

SOMOZA.- Despojarían a nuestro país de una obra de arte.

FEDERICO.- (**Se dispara.**) En mi opinión personal, nuestro país está sobrado de obras de arte y a falta de asilos de sordomudos.

SOMOZA.- ¡Caramba!

FEDERICO.- Somos demasiado pobres para tener vacía la despensa y llena la sala de obras de arte. De vez en cuando hay que descolgar un cuadro y comérselo. Le ha llegado el turno a «Las ninfas».

SOMOZA.- Si se lo quiere usted comer en un restaurante español, no habrá dificultades. Si se lo quiere comer en una cafetería americana le va a ser imposible.

ÁNGELES.- En resumidas cuentas...

SOMOZA.- Les prevengo de palabra, sin perjuicio de hacérselo por escrito, que iniciaré el expediente para declarar ese cuadro como formando parte del Tesoro Artístico Nacional y que, en consecuencia, no podrán sacar de España «El baño de las ninfas».

ÁNGELES.- Muy bien, señor Somoza, nos damos por enterados.

SÁNCHEZ.- (**Por la derecha. Trae un aire de triunfo.**) Madre, confirmada la venta.

FEDERICO.- (**Con cierta amargura.**) ¿Qué dijo Washington?

SÁNCHEZ.- Aún no ha hablado, pero míster White ha decidido dejarles una cantidad de señal.

ÁNGELES.- Todo inútil, señor Sánchez. No vendemos el cuadro.

SÁNCHEZ.- ¿Se lo han vendido a ese señor? (**Señala a SOMOZA.**)

ÁNGELES.- No, no, nada de eso, ni a ese señor ni a nadie: no nos permiten venderlo.

SÁNCHEZ.- ¿Quién?

ÁNGELES.- El Estado.

FEDERICO.- El Estado, que nos ha hecho polvo a todos como es su costumbre: al señor White, a la Comunidad y a veintisiete sordomudos.

SOMOZA.- Lo lamento.

SÁNCHEZ.- Ya puesto a enumerar, inclúyame en la lista.

SOMOZA.- Repito que lo lamento mucho. En la próxima semana haré que el cuadro sea reconocido por peritos. Sólo en el supuesto de que no fuese auténtico, podrían venderlo libremente.

SÁNCHEZ.- Un momento... Y ya que no se puede comprar, ¿dejarían por lo menos llevarlo a América para exponerlo allí una temporada?

ÁNGELES.- El señor Somoza le dirá.

SÁNCHEZ.- Pagaríamos una cantidad importante.

SOMOZA.- Eso tal vez podría autorizarse. Por lo menos, existen precedentes y el precedente es la llave inglesa de la administración. Hagan una instancia y pídanlo.

(Saluda a unos y a otros y se va estirado por la lateral derecha.)

SÁNCHEZ.- Perfecto, haremos la instancia.

(Y se va también por la derecha. Regresan las monjas, menos ANDREA. Diríase que la mala noticia se ha extendido ya por la Comunidad. Todas rodean a la MADRE ÁNGELES. MADRE EPIFANÍA se atreve a hablar la primera.)

EPIFANÍA.- ¿Se han torcido las cosas, madre Ángeles?

ÁNGELES.- Pues sí.

ANGUSTIAS.- Ya habíamos avisado al padre Rafael para el Te Deum.

ÁNGELES.- Le encargaremos un Trisagio, por si Dios quiere ayudarnos todavía.

EMILIA.- Qué pena...

(El grupo de monjas se disuelve otra vez. Varias se van por la derecha. Con ellas se cruza ANDREA.)

ANDREA.- Madre Federico: su suegro ha dejado un maletín para usted.

FEDERICO.- **(Muy extrañado.)** ¿Don Pancho?

ANDREA.- No sé cómo se llama. Su suegro ha dicho.

FEDERICO.- Pero, ¿cómo es posible que esté aquí?

ÁNGELES.- No se sorprenda, le he avisado yo: Hermana, traiga el maletín. **(ANDREA hace mutis.)** Don Federico: ya le dije que ha llegado la hora de poner punto final a su estancia en la Comunidad. Don Pancho viene para recogerle.

FEDERICO.- Bromea, ¿no?

ÁNGELES.- Ni por lo más remoto.

FEDERICO.- ¿A mí, a mí me hace usted eso?

ÁNGELES.- Sí, a usted...

FEDERICO.- Es lo único que me faltaba después de lo del cuadrito.

ÁNGELES.- Y no creo que haya razón para que se enfade ni para que nos tache de ingratas, que le estoy leyendo el pensamiento.

FEDERICO.- De ingratas, tal vez no. Ahora, dispéñeme que le diga que la madre Rosario jamás se hubiese portado conmigo de esa manera.

ÁNGELES.- ¿Qué es lo que quiere darme a entender? ¿Que yo desconozco lo que el convento le debe a usted?

FEDERICO.- Quizás.

ÁNGELES.- Se equivoca. Yo no estaba aquí el dieciocho de julio, pero he oído contar muchas veces cómo aparecieron por ese patio diez o doce tipos muy mal encarados y cómo usted se abrió paso entre ellos... ¿A que usted tenía entonces una barba muy negra?

FEDERICO.- Sí.

ÁNGELES.- ¿A que llevaba una placa que decía: «Comando Anarquista de Castilla la Vieja»?

FEDERICO.- Bueno, claro, es natural. Yo era el mandamás.

ÁNGELES.- ¿A que dijo algo parecido a esto?: «Al que toque una de estas monjitas, le meto seis balas en el cuerpo, que yo soy hijo de sordomudo». ¿Eh? ¿No fue así o algo parecido su discurso?

FEDERICO.- También le habrán contado entonces cómo me convertí en el custodio de la Comunidad, de tal forma que ni a una sola de las Madres le pasó nada gracias a mí.

ÁNGELES.- Ya lo sé, ya lo sé. Y por eso, cuando acabó la guerra y un buen día le vieron llegar perseguido, la madre Rosario le abrió las puertas del convento y, para que nadie le descubriese, le dejó vestirse de monja. ¿Me equivoco?

FEDERICO.- No.

ÁNGELES.- Cuando yo entré de novicia usted ya llevaba casi un año largo.

FEDERICO.- ¿Qué me reprocha? ¿Haberme quedado tanto tiempo?

ÁNGELES.- Pues claro que sí, porque al cabo de unos meses el peligro había pasado, no había nada contra usted y, además, pronto empezaron los indultos.

FEDERICO.- El miedo es libre, madre Ángeles.

ÁNGELES.- Calle, calle. ¿Qué tiene que ver el miedo con todo aquello? Lo que sucede es que acabó tomando el gusto a las tocas, que según usted son una maravilla, sobre todo en invierno. Y aunque la madre Rosario se impacientaba, usted no hacía sino pedirle prórrogas, y la madre Rosario, que ya era una viejecita no muy en sus cabales la pobre, fue débil y toleró que las cosas siguieran como estaban.

FEDERICO.- Oiga, que yo también fui útil al convento.

ÁNGELES.- Sí, no se lo niego, pero, en fin, desde el día en que me eligieron usted sabía que esto debía concluirse.

FEDERICO.- ¿En consecuencia...?

ÁNGELES.- Los marqueses de Valloral tienen muchas fincas en Soria y necesitan un administrador. Yo les he escrito hablándoles de usted y le esperan. Creo que podrá ganarse muy bien la vida. Su suegro le pondrá en contacto con ellos.

FEDERICO.- ¿A Soria? ¿Ir a Soria yo? Imposible.

ÁNGELES.- ¿Qué tiene usted contra Soria?

FEDERICO.- Forma parte de mi pasado.

ÁNGELES.- ¿Qué cuentos son esos?

FEDERICO.- Yo sustenté la idea de que había que precintar Soria. **(Ante una mirada de extrañeza de la MADRE ÁNGELES.)** Y no sólo Soria, que al fin y al cabo los sorianos me caen simpáticos, sino otras muchas ciudades de España también. Sí señor. Evacuar los hombres, las mujeres y los niños, prohibir la entrada en ellas a todo quisque y dejar de gastarse el dinero del contribuyente en sacarlas de pobres, que es como tirarlo al río.

ÁNGELES.- Y a los sorianos, ¿a qué les condenaba usted? ¿A morir de hambre?

FEDERICO.- Yo soy menos cruel que su tierra. Yo les liberaba de

ella, de la servidumbre, de la esclavitud a un suelo duro y seco, con cuatro árboles por junto que no producen ni ésta (**Señala con el índice y el pulgar de la mano derecha.**) de carbón, ni de piritas, ni de agrios y me los llevaba a todos a San Sebastián, que es un plato de dulce.

ÁNGELES.- ¿Estaban conformes los de San Sebastián con el traspaso?

FEDERICO.- Así de derechos (**Acciona con el índice.**) andarían todos si yo mandase y ninguno levantaría la voz. Yo creo que esa iniciativa, quienes primero debían de agradecermela eran los sorianos, ¿verdad? Pues no se imagina usted lo que tuve que oír cuando fui a dar un mitin el año treinta y seis y expuse mi programa.

ÁNGELES.- Mire, lo siento mucho, pero en todo caso su estancia en el convento concluye hoy. (**Inicia el mutis por la escalera. La MADRE FEDERICO se desploma sobre la mesa, como fulminada por el rayo. La MADRE ÁNGELES, sin embargo, no parece afectarse mucho.**) No sea niño, don Federico, que ya no engaña a nadie. (**La MADRE FEDERICO no pestañea.**) Levántese que se le va a bajar la sangre a la cabeza. (**Pausa. La MADRE FEDERICO sigue inmóvil.**) Se está usted poniendo arrugadísimo.

(**MADRE FEDERICO se convence de que su farsa no da resultado y se levanta con aire un poco infantil de disgusto.**)

FEDERICO.- Yo he dicho siempre que usted es un águila.

ÁNGELES.- Más vale que lo reconozca.

FEDERICO.- Así, pues, ¿debo marcharme?

ÁNGELES.- Claro.

FEDERICO.- (**Con cierta solemnidad.**) ¿Me permitirá al menos despedirme de la Comunidad?

ÁNGELES.- Eso sí. ¿Por qué no?

FEDERICO.- ¿Le importa reunirlos?

ÁNGELES.- Será usted complacido, don Federico...

FEDERICO.- (**Con tristeza.**) Don Federico...

ÁNGELES.- Bien, por última vez, madre Federico, será usted complacido o complacida. No sé cómo debe decirse. Se marchará usted sin que haya conseguido saberlo.

(**Hace mutis cuando entra la HERMANA ANDREA por la derecha con un maletín de fibra en la mano.**)

FEDERICO.- ¿Qué dijo mi suegro?

ANDREA.- Nada, que ahí iba lo que le había pedido la madre Ángeles. (**Tenuemente, como si ella misma se sorprendiese de su audacia.**) Yo no sabía que usted fuese casado.

FEDERICO.- Soy viudo.

ANDREA.- ¿Desde hace mucho?

FEDERICO.- Desde el treinta y nueve.

ANDREA.- ¿Viudo de guerra?

FEDERICO.- De guerra exactamente, no, pero en la guerra.

(FEDERICO abre el maletín. De él saca un jersey con cuello de lana. Lo despliega y con visible desorientación se lo prueba de un modo sumario, por encima del hábito.) Y esto, ¿cómo va?

ANDREA.- Pues...

FEDERICO.- ¿Por dónde demonios se mete? **(En ese instante entra por la derecha el PADRE RAFAEL.)** Padre, se va a llevar usted una alegría.

RAFAEL.- ¿Por qué?

FEDERICO.- **(Con un tono a medias de misterio, a medias de rencor.)** Lo sabrá muy pronto.

(Y hace mutis por la izquierda. Vuelve la MADRE ÁNGELES.)

ÁNGELES.- Buenas tardes, don Rafael.

RAFAEL.- ¿Qué le pasa a don Federico? Le he visto probándose un jersey.

ÁNGELES.- He tomado la decisión de que se vaya.

RAFAEL.- Nunca es tarde si la dicha es buena. Esperaba que lo hubiera hecho el mismo día en que la nombraron Superiora.

ÁNGELES.- Sí, sí, de acuerdo. Pero las cosas se fueron enredando, principalmente por causa del cuadro, y yo me retrasé.

RAFAEL.- ¿Y cómo ha reaccionado?

ÁNGELES.- Mi decisión le ha sentado muy mal, pero la ha aceptado. Claro que no le quedaba otro remedio. **(Empiezan a entrar algunas monjas y de pronto la Comunidad entera.)** Me pidió permiso para despedirse de la Comunidad, y yo se lo he concedido.

RAFAEL.- La escena puede resultar muy dramática o muy sentimental. Prefiero darme una vuelta por el claustro que ser testigo de ella. Le traigo la petición de ingreso de un sordomudo que recomienda el señor Obispo. Después le diré de quién se trata.

ÁNGELES.- Como guste.

(El PADRE RAFAEL hace mutis por el claustro. La MADRE ÁNGELES le acompaña hasta la puerta.)

EPIFANÍA.- ¿Para qué nos llaman?

ANDREA.- No lo sé.

EPIFANÍA.- ¿Pero qué es lo que pasa?

ANDREA.- No lo sé, no lo sé. Debe ser algo relacionado con la madre Federico.

EPIFANÍA.- ¡Ajá!

(La MADRE ÁNGELES, después de haber acompañado al PADRE RAFAEL, está en el centro de la escena, cuando por la izquierda aparece la MADRE FEDERICO. Se ha despojado de sus ropas monjiles y viste simplemente un pantalón con el jersey que estuvo probándose. Ha hecho un hatillo, con los hábitos. A la entrada de FEDERICO, un murmullo de desconcierto y de sorpresa recorre a la Comunidad.)

FEDERICO.- **(Patéticamente.)** ¡Me echan, Hermanas! ¡Me echan!

ÁNGELES.- ¡Qué aficionado es usted a las palabras gruesas!

FEDERICO.- Lo fui, pero si alguien me ha oído decir en veinticinco años ni cáspita siquiera, que levante el dedo.

ÁNGELES.- Bueno, a las palabras solemnes me refería. No se le echa. Se le hace ver simplemente que esta situación que la madre Rosario no había querido romper, por respeto y por cariño a usted, tiene que terminar. Y eso es todo. **(Se vuelve a la Comunidad.)** Porque han de saber ustedes que don Federico nos deja. **(Se oye un tenue rumor de contrariedad y de tristeza. Y algunas voces de «No...», como si dudasen de lo que dice la MADRE ÁNGELES. Algunas de «Qué pena...». Todo lo cual hace que la MADRE FEDERICO se pavonee un poco y aun que se confíe como si esperase que la MADRE ÁNGELES rectificase su decisión ante la actitud de las monjas.)** Vaya, no se quejará del efecto que hace a la Comunidad su despedida.

FEDERICO.- ¿Me permite que sea sincero, Madre?

ÁNGELES.- ¿Por qué no?

FEDERICO.- No me extraña. La Comunidad sabe de memoria mis versos a la Patrona y no olvida los muchos servicios que yo le he prestado como jardinero, como médico, como electricista, como contable, como mecanógrafo, como cronista, como guardián, como mecánico...

ÁNGELES.- **(Risueña.)** Basta, basta...

FEDERICO.- Y me los agradece, sencillamente.

ÁNGELES.- Pues claro que sí... ¿Podría ser de otra manera? En esta casa todas le queremos mucho.

FEDERICO.- Quizás, salvo un garbanzo negro.

ÁNGELES.- Imaginaciones tuyas.

EPIFANÍA.- ¿Se refiere a mí?

FEDERICO.- A lo mejor. Si usted misma se señala es porque no tiene la conciencia tranquila.

ÁNGELES.- Déjese de reproches, don Federico. Y piense en lo a gusto que se va a encontrar muy pronto sin nosotras.

FEDERICO.- Madre... El hombre es un animal de costumbres. Yo ya estaba hecho a éstas. Voy a dar un salto en el vacío y me considero obligado a prevenirles a ustedes.

ÁNGELES.- ¿De qué?

FEDERICO.- Los instintos despiertan. ¿No oyó usted hablar de eso, madre Ángeles?

ÁNGELES.- Tal vez en alguna novela que leí de niña.

FEDERICO.- Pues yo siento despertar los míos.

ÁNGELES.- ¿Desde cuándo?

FEDERICO.- Estas ropas, Madre, estas ropas... Mientras he llevado el hábito, yo me sentía otro, pero estas ropas tienen algo extraño que hace revivir mis instintos.

ÁNGELES.- ¿A qué instintos se refiere?

FEDERICO.- Tal vez me he expresado mal. No se trata de instintos

sino de ideas. Otra vez las ideas de mi juventud parece como si me bullesen en la cabeza, pero con más brío. Cuanto ha dicho el señor Somoza ha sido un revulsivo, Madre. Yo oigo una voz dentro de mí que dice: «Fede: no estabas equivocado. El anarquismo es el porvenir del mundo y todo lo demás son pamplinas.»

ÁNGELES.- ¿Cómo hemos de entenderle, don Federico? ¿Va usted a volver a las andadas?

FEDERICO.- Cosas habría más difíciles. Y, si fuese así, la culpa sería de ustedes: especialmente de usted, Madre.

ÁNGELES.- Bueno...

FEDERICO.- Y de la madre Epifanía.

EPIFANÍA.- ¿Qué pinto yo en esto?

FEDERICO.- Usted es quien ha empujado a la madre Ángeles a que me ponga en la puerta de la calle.

EPIFANÍA.- Mire, don Federico, donde hay patrón no manda marinero. ¿Nunca oyó usted eso?

ÁNGELES.- La madre Epifanía está en lo cierto. La responsabilidad de esta determinación es mía y sólo mía.

FEDERICO.- En todo caso, y sea lo que sea de mi suerte, conste que no guardo rencor a nadie y que yo seré siempre el mismo. Conque, Madre, a mandar.

ÁNGELES.- Gracias, muchas gracias.

FEDERICO.- Suerte a todas.

ÁNGELES.- Suerte a usted, que bien se lo merece.

FEDERICO.- **(Se mira a sí mismo, se palpa el jersey.)** Estas ropas, estas ropas... **(De pronto se engalla y como si encontrase la fórmula de la despedida de sus años rebeldes, olvidada ya, dice al borde del mutis.)** ¡Salud!

ÁNGELES.- **(Se ríe bondadosamente.)** Huy, salud... Me da miedo. Salud, no. Que Dios le bendiga, don Federico.

(FEDERICO se marcha por la derecha. Queda flotando en la Comunidad una especie de ronroneo de disidencia y de disgusto. Rápidamente cae el...)

TELÓN

Cuadro II

El mismo decorado de los actos anteriores. Bajo la palabra museo se lee: «Cerrado provisionalmente». Han transcurrido unos meses.

Las monjas, presididas por la MADRE ÁNGELES, terminan de rezar el rosario en comunidad. Todas están de rodillas. La mesa la retiraron al costado izquierdo, en primer término.

ÁNGELES.- Regina Pacis.

TODAS.- Ora pro nobis.

ÁNGELES.- Agnus Dei qui tollis peccata mundi.

TODAS.- Pacem Nobis, Domine.

ÁNGELES.- Agnus Dei qui tollis peccata mundi.

TODAS.- Exaudinos, Domine.

ÁNGELES.- Agnus Dei qui tollis peccata mundi.

TODAS.- Miserere nobis.

ÁNGELES.- Para que Dios Nuestro Señor haga que encuentren a don Federico y le proteja de todo mal. Padre nuestro que estás en los cielos...

TODAS.- El pan nuestro de cada día...

ÁNGELES.- Dios te salve María...

TODAS.- Santa María...

ÁNGELES.- Amén.

TODAS.- Amén.

ÁNGELES.- Porque el cuadro llegue a Filadelfia sin novedad. Oremus... **(Se oye el bisbiseo de las preces y de improviso, percutiendo con violencia sobre ese fondo, un timbre, el mismo timbre del cuadro primero, más agudo e hiriente que nunca. Las preces, sin embargo, continúan hasta que la voz de la MADRE ÁNGELES, profunda y sordamente irritada, las interrumpe.)** Ese timbre...

(Sigue el Oremus pero la HERMANA EMILIA se levanta con vivacidad y hace mutis por la derecha con la evidente intención de arreglarlo. Transcurren unos segundos sin éxito alguno y la HERMANA EMILIA regresa al cabo de ellos.)

EMILIA.- **(Confidencialmente a la MADRE ÁNGELES.)** Está tratando de que no suene la madre Julia.

ÁNGELES.- Por el alma de la madre Rosario, Oremus... **(Se reanuda el rumor de las plegarias pero el grillo del timbre sobrenada por encima de ellas creando un casi tangible malestar físico. La MADRE ÁNGELES se descalza y hace mutis, llena de cólera, por la derecha.)** En esta comunidad, ¿nadie es capaz de dar un zapatazo a un timbre estropeado?

(Las oraciones concluyen, las monjas se ponen de pie, un poco desasosegadas por la actitud de la MADRE ÁNGELES, y cuchichean entre sí.)

ANGUSTIAS.- **(Exculpatoria.)** Claro, de electricidad, quien sabía era la madre Federico...

(El timbre cesa por fin, súbitamente. Hay una sensación de refrescante alivio. Casi en seguida, la MADRE ÁNGELES vuelve por la derecha medio cojeando porque se le nota que acaba de ponerse el zapato otra vez.)

ÁNGELES.- Váyanse, terminó la oración. **(Las ahuyenta con cierta desapacibilidad. Las monjas se dispersan por el foro. A la MADRE EPIFANÍA.)** Madre, no traiga usted el periódico al rosario. (MADRE

EPIFANÍA **lleva, en efecto, visiblemente un número de *El Pueblo*.**) Es por las otras Madres... ¿comprende?

EPIFANÍA.- Perdóneme, estaba leyéndolo cuando nos llamaron. No volverá a suceder.

ÁNGELES.- **(A la HERMANA ANDREA que entra por la derecha.)** Y usted, Hermana, ¿por qué no vino al rosario?

ANDREA.- Creí que se rezaba en la capilla.

ÁNGELES.- ¿No sabía que la estaban arreglando para la festividad de mañana?

ANDREA.- Sí, pero cuando me di cuenta ya era tarde.

ÁNGELES.- ¿Fue por eso, de verdad?

ANDREA.- **(Culpable.)** Y además, porque me esperé a ver salir el camión.

ÁNGELES.- ¿Y qué le pasaba al camión?

ANDREA.- No, nada, pero me entretuve viendo cómo metían dentro el cuadro.

ÁNGELES.- Pues no creo que sea un espectáculo muy apasionante. ¿Y qué? ¿Salió ya?

ANDREA.- Sí, hace un rato. Debe de estar llegando a lo alto de San Agustín.

ÁNGELES.- Bien, bien...

ANDREA.- ¿Me permite, Madre, que suba al campanario para avisarle cuando llegue?

ÁNGELES.- Si no tiene otra cosa más urgente entre manos, hágalo.

ANDREA.- Muchas gracias, Madre.

(Mutis por la escalera.)

ÁNGELES.- La hermana Andrea se divierte con muy poca cosa...

EPIFANÍA.- Mejor para ella...

ÁNGELES.- No sé lo que pensará del viajecito de las ninfas... doña Lola, pero más le gustará, se me ocurre a mí, que esté en el museo de Filadelfia que en el nuestro.

EPIFANÍA.- Oír hablar a doña Lola y ponerme nerviosa es todo uno y lo mismo.

ÁNGELES.- La señora Estébanez nos trata como si fuésemos grandes pecadoras y probablemente no le faltan motivos.

EPIFANÍA.- Ya le diría yo a ella cuatro cosas.

ÁNGELES.- **(Con un tono de reproche no muy firme.)** ¿Cómo, cómo?

EPIFANÍA.- El día en que nos llegue a todos la hora de que nos juzguen, verá qué disgusto se lleva la tal señora Estébanez.

ÁNGELES.- ¿Por qué?

EPIFANÍA.- Porque es antipatiquísima, madre Ángeles. Y yo estoy convencida que eso de las simpatías y las antipatías ha de dar más juego aún en el otro mundo que en éste.

ÁNGELES.- Según usted, ¿en el cielo no habrá personas antipáticas?

EPIFANÍA.- Ni una.

ÁNGELES.- Tal vez sea ésa la mejor descripción del cielo.

EPIFANÍA.- **(Tras una breve pausa.)** ¿En qué piensa usted?

ÁNGELES.- En que acaso acierte usted. A veces me digo a mí misma que así como diez justos habrían bastado para salvar a Sodoma, diez señoras Estébanez serían suficientes para perdernos a todos.

EPIFANÍA.- Bromas aparte, ¿sabe usted lo que me tiene nerviosa de verdad?

ÁNGELES.- Lo de don Federico.

EPIFANÍA.- Así es Así es. Y concretamente la visita de don Rafael, que debía haber llegado y que estoy segura que nos traerá noticias.

(Transición.)

ÁNGELES.- En realidad, ¿cuánto hace que le perdimos la pista?

EPIFANÍA.- No es difícil contestarle. De aquí se fue el dieciocho de mayo. Hoy estamos a veintiuno de septiembre. Cuatro meses y una semana.

ÁNGELES.- ¿Y don Pancho? ¿Cuándo le perdió la pista don Pancho? Porque ésa es la cuenta que importa, ¿qué día recibió su telegrama pidiendo noticias?

EPIFANÍA.- Hace un mes largo. El veinte de agosto.

ÁNGELES.- Menuda preocupación tiene encima de sí el pobre. Porque adora a su yerno.

EPIFANÍA.- ¿Y quién no?

ÁNGELES.- Me extraña oírla.

EPIFANÍA.- ¿Por qué?

ÁNGELES.- Usted no le miraba con muy buenos ojos.

EPIFANÍA.- Bah... aprensiones tuyas, Madre. La verdad es que era una buena persona. Además, daba una sensación de seguridad al convento... ¡Qué pena no haber encontrado una fórmula...!

ÁNGELES.- ¿Ahora sale con esas...? Pues cuando decidí que se marchase, a usted le pareció de perlas. Que no le faltaba razón a don Federico para reprochárselo el día de su despedida.

EPIFANÍA.- No hay que exagerar. Yo encontré justificado el que se fuese del convento, pero no me caía mal. Lo que sucede es que quería tomarse unos derechos excesivos, como por ejemplo, el del voto. Por eso choqué con él, sólo por eso, pero soy la primera en reconocer que era muy simpático.

ÁNGELES.- En fin, lo lógico es que aquella situación irregular acabase y acabó.

EPIFANÍA.- Y si don Federico no aparece, ¿no convendría avisar a la Policía?

ÁNGELES.- Es un arma de dos filos, a la vista de sus antecedentes. El padre Rafael, con el que hablé del caso, no me lo aconsejó. Ya se supondrá por qué.

EPIFANÍA.- Sí, lo comprendo.

EMILIA.- **(Por la derecha.)** El padre Rafael.

ÁNGELES.- Difícil es que llegue más a punto.

EMILIA.- Viene elegantísimo.

(Mutis por la derecha, en la que se cruza con DON RAFAEL. DON RAFAEL viste traje seglar. Acaso, históricamente, sea ésta la primera aparición en nuestros escenarios de un sacerdote con ese indumento. Pueril puntualización por lo que concierne a los méritos de esta comedia, pero que conviene reivindicar para la pequeña historia del teatro.)

RAFAEL.- Buenas tardes, Madres.

ÁNGELES.- **(Inquieta.)** ¿Hay novedades, padre Rafael, traje aparte?

RAFAEL.- Pues, sí.

ÁNGELES.- ¿Le ha pasado algo a don Federico?

RAFAEL.- No, no, pero... Calma, calma... **(Con él entró la MADRE JUSTA que le examina llena de una indiscreta curiosidad.)** ¿Qué le sucede a usted, Madre, que no hace más que mirarme como al tamborilero del pueblo?

ÁNGELES.- ¡Madre Justa! Váyase a su trabajo.

(La MADRE JUSTA se marcha por la derecha.)

RAFAEL.- Esta Madre me parece a mí que es bastante tonta, ¿no?

ÁNGELES.- No ha podido disimular la sorpresa de verle a usted sin la sotana.

RAFAEL.- El primer sorprendido he sido yo, que cuando me vi en el espejo creí que era un actor de cine, pero tampoco es para quedarse con la boca abierta.

ÁNGELES.- Perdónela... Y hablemos de don Federico.

RAFAEL.- Déjenme, primero, tomar resuello **(Se sienta.)** y, a ser posible, echarme un traguito.

ÁNGELES.- Diga que le traigan algo de beber.

EPIFANÍA.- Voy en seguida. Pero, Padre, no cuente nada antes de que vuelva.

(Mutis por la escalera.)

ÁNGELES.- ¿Vive don Federico?

RAFAEL.- ¿Y por qué no habría de vivir? Claro que vive. Por lo menos, vivía hace tres semanas.

ÁNGELES.- Explíquese.

RAFAEL.- ¿No esperamos a...?

ÁNGELES.- No esperamos a nadie. Además, aquí la tiene ya.

EPIFANÍA.- **(Ha bajado la escalera desalentadamente, muerta de curiosidad, como es habitual en ella.)** ¿Qué, qué?

ÁNGELES.- Según el padre Rafael, don Federico vive.

RAFAEL.- Hasta hace tres semanas, seguro, y en Jaca.

ÁNGELES.- ¿En Jaca?

RAFAEL.- Sí.

ÁNGELES.- ¿Y cómo se ha enterado?

RAFAEL.- Mire, tal vez no debiera decírselo, pero Dios me absolverá de mi indiscreción. La señora Estébanez había venido a visitarme muy preocupada.

ÁNGELES.- ¿Por don Federico?

RAFAEL.- Por unos anónimos que le han mandado desde distintos sitios y que se encontró al volver a su casa, después de un viaje a Lourdes.

ÁNGELES.- ¿Y que decían los anónimos?

RAFAEL.- «Tarasca, tarasca, si sigues como vas me juego la cabeza que te condenarás».

(ÁNGELES y EPIFANÍA se echan a reír incontinentemente.)

ÁNGELES.- Es él, es él, no hay duda...

EPIFANÍA.- Jesús, qué humor...

RAFAEL.- Lo mismo pensé yo, aunque bien me guardé de decírselo. Entonces, fui viendo el matasellos de los sobres. El primero era de Soria, el otro de Huesca y, después, como si hubiese seguido la ruta del Pirineo, hasta Jaca, desde donde cursó el último versito exactamente hace unos veinte días. Por eso les decía que, hasta entonces, don Federico estaba vivo y coleando.

ÁNGELES.- No puede imaginarse lo que me alivia oírle porqué a usted le constan mis remordimientos de conciencia. Yo me consideraba responsable, por haber expulsado del convento a don Federico, de cuanto hiciese fuera de él y, desde que don Pancho empezó a temer que hubiese cometido un disparate, es que no pegaba ojo, Padre.

RAFAEL.- Pero, ¿qué es lo que temía su suegro?

ÁNGELES.- Al parecer don Federico andaba como alma en pena diciendo que se iba a... echar al campo, si no le readmitíamos. Fíjese, qué locura. Y yo, vaya, me había contagiado de su miedo. Por eso las noticias que me trae me tranquilizan.

EPIFANÍA.- No tanto, madre Ángeles, no tanto. El último anónimo es de hace veinte días y desde entonces pueden haberle sucedido muchas cosas. El que se haya ido a Jaca me gusta muy poco.

ÁNGELES.- ¿Por qué, Madre?

EPIFANÍA.- Porque Jaca está al lado de Francia. A mí no me extrañaría nada que anduviese metido en líos con sus antiguos compinches.

RAFAEL.- Cualquiera sabe lo que le llevó hasta allí. Pero en mi opinión no hay que preocuparse en exceso. Don Federico es persona de buen sentido y sabrá no perderlo.

EPIFANÍA.- Ojalá...

ÁNGELES.- ¿Qué? ¿Más tranquila, madre Epifanía...?

EPIFANÍA.- (Mientras hace mutis por la escalera.) Si quiere que le

sea franca, no las tengo todas conmigo. Ahora, más tranquila sí me quedo. Hasta luego, padre Rafael.

(Con la MADRE EPIFANÍA se cruza la MADRE DOMINICA que trae en una bandeja varias botellas de refrescos y cervezas.)

ANGUSTIAS.- **(Por la derecha.)** Perdóneme que la moleste, Madre. ¿Qué hago con la documentación del cuadro?

ÁNGELES.- Guárdela bajo siete llaves.

RAFAEL.- O sea, que ¿cuál es el programa?

ANGUSTIAS.- Bueno, el cuadro salió en el camión hace un cuarto de hora. Calculan que llegará a Vigo mañana por la mañana, que embarcará por la tarde y que dentro de nueve días estará en Nueva York. Allí, otro camión y a Filadelfia.

RAFAEL.- Perfecto.

ANGUSTIAS.- ¿Cuándo recibiremos algún dinero, Madre? Nos estamos saturando de sordomudos. Ayer entraron dos más.

RAFAEL.- ¿De dónde salen tantos?

ANGUSTIAS.- Esos dos eran de Cáceres. Hoy hemos rechazado un portugués.

RAFAEL.- Supieron que lo era por el pasaporte, claro...

ANGUSTIAS.- Claro. Y de eso del dinero, ¿qué me dice usted, Madre? Porque doblan el apetito de una persona normal...

ÁNGELES.- No por sordomudos sino por jóvenes. Bah, bah... Míster White nos ha dejado un buen picho de garantía y el resto dependerá del éxito que tenga el cuadro.

RAFAEL.- A las exposiciones va siempre mucha gente.

ANGUSTIAS.- ¿Es verdad que hay algunas en las que dan platos gratis?

ÁNGELES.- Creo que sí.

ANGUSTIAS.- ¡Cuánto lujo...!

RAFAEL.- Y el americano ese, ¿se fue a Vigo también?

ANGUSTIAS.- Sí, siguiendo al cuadro, de escolta.

ÁNGELES.- **(Ante la actitud de la MADRE ANGUSTIAS.)** ¿Qué le pasa a usted con míster White?

ANGUSTIAS.- Que no me inspira ninguna devoción.

ÁNGELES.- Pues gracias a él tiene otra vez trabajo en el convento la Madre repostera.

ANGUSTIAS.- **(Súbitamente reconciliada.)** Bueno, eso sí es verdad. **(Y se marcha por la derecha.)**

ANDREA.- **(Por la escalera.)** Madre: ¿sabe que el camión se ha parado en lo alto de San Agustín?

ÁNGELES.- ¿Cómo es eso? Será otro igual y se habrá confundido usted.

ANDREA.- No. Si es grandísimo y pintado de rojo... No hay confusión posible.

ÁNGELES.- Ya echará a andar otra vez.

(La HERMANA ANDREA se va por la escalera.)

RAFAEL.- **(Se pone en pie.)** En fin, les dejo, madre Ángeles. Ah, ¡qué cabeza la mía! Se me olvidaba... Lea estas líneas que me manda Papiyo desde Valladolid.

ÁNGELES.- ¿Qué dice Papiyo?

RAFAEL.- Lea, lea...

ÁNGELES.- **(Lee.)** «Padre Rafael: a la distancia de esa casa pienso mucho en ustedes, pero más que en nadie en la madre Ángeles. La mía, que no conocí nunca, ¿habría sido como ella? La mujer propia, si algún día la tengo, ¿se le igualará siquiera? ¿Cómo es posible ser tan generosa, tan pura y tan bonita?» **(Conmovida.)** Huy, Padre, ¿por qué me ha hecho leer esta carta?

RAFAEL.- ¿Y no se siente mejor que antes de leerla...?

ÁNGELES.- No me ponga demasiada penitencia si me confieso de vanidad.

RAFAEL.- Seré benévolo, madre Ángeles.

(Y se dispone a irse definitivamente cuando un grito desgarrado de la MADRE EPIFANÍA se lo impide.)

EPIFANÍA.- **(Desde dentro.)** ¡Ay!

(El PADRE RAFAEL se detiene, sorprendido.)

ÁNGELES.- ¿Qué pasa?

EPIFANÍA.- ¡Ay, ay, ay, ay!

ÁNGELES.- Es madre Epifanía.

(La MADRE EPIFANÍA baja desolada la escalera, Pueblo en ristre.)

RAFAEL.- ¿Qué le sucede?

EPIFANÍA.- **(Entra en escena angustiada, a dos pasos del ataque de nervios y se deja caer deshecha sobre la mesa.)** Es horrible, es horrible...

ÁNGELES.- ¿Qué pasa, madre Epifanía?

(A los gritos de la MADRE EPIFANÍA acuden la MADRE ANGUSTIAS, la HERMANA ANDREA y la HERMANA EMILIA, cada una por distintas puertas, y alguna otra Madre de la Comunidad.)

EPIFANÍA.- ¡Han matado a don Federico!

ÁNGELES.- ¿Cómo...?

EPIFANÍA.- Sí, sí, le han matado.

RAFAEL.- ¿Quién se lo ha dicho?

EPIFANÍA.- Aquí, aquí esta escrito...

(Muestra el periódico que el PADRE RAFAEL toma en la mano y en el que busca, un tanto despistado, la noticia.)

RAFAEL.- ¿Dónde...?

EPIFANÍA.- Déjeme. **(Y le arrebató de nuevo el periódico, se cala**

sus gafas y lee lo que sigue.) «Jaca, 20.-Una pareja de vigilancia intentó detener a un individuo sospechoso que merodeaba por las afueras de la ciudad y que, después de resistirse, se dio a la fuga.» ¡Ay, Dios! «La pareja disparó sobre el desconocido que resultó muerto.» ¡Ay, Dios! «Trátase de un hombre de unos cincuenta a sesenta años cuya procedencia se ignora, de nombre al parecer, según algunas cartas que se le encontraron, F. García.» ¡Es él, es él, no cabe duda...! ¡Pobre don Federico!

(Hay un movimiento de general consternación.)

RAFAEL.- Un momento, Madre, un momento. **(Coge el periódico por su cuenta.)** F. García...

EPIFANÍA.- Ay, Dios...

RAFAEL.- Puede ser Federico, eso es indudable. Pero puede ser también Fermín, Fernando, Francisco, Felipe, Félix, Feliciano... Puede ser muchas cosas más, caramba.

EPIFANÍA.- Ay, Dios, es él...

RAFAEL.- Por otra parte, Garcías hay para parar un tren, qué diantres.

EPIFANÍA.- Es él, es él, ay, Dios...

ÁNGELES.- Madre Epifanía: cállese con tanto ay, Dios, que da grima oírla.

EPIFANÍA.- Yo sé muy bien cuál es mi deber.

(Y hace mutis resueltamente escaleras arriba.)

ÁNGELES.- Madres: déjennos, por favor. **(La MADRE ÁNGELES es obedecida instantáneamente.)** Don Rafael: hay que hacer algo para identificar a ese hombre. Yo confío en que no sea don Federico, pero tanta coincidencia me preocupa.

RAFAEL.- Y a mí.

ÁNGELES.- Váyase al cuartelillo de la Guardia Civil, ¿quiere? Y llévese *El Pueblo*. **(Se lo entrega.)**

RAFAEL.- ¿No tendrán ustedes ninguna fotografía de don Federico?

ÁNGELES.- No... Si acaso de monja...

RAFAEL.- Para el reconocimiento del cadáver sería un lío.

ÁNGELES.- Pero en Jaca podrán hacerle alguna y mandárnosla.

RAFAEL.- Eso sí. Yo me marchó al cuartelillo.

ÁNGELES.- De acuerdo, y no nos deje sin noticias. Yo telegrafiaré a don Pancho. **(Mutis del PADRE RAFAEL por la derecha.)** Por cierto, ¿dónde habré metido sus señas? **(La MADRE ÁNGELES se va por la puerta del claustro. La MADRE JUSTA entra por la derecha, apenas ha salido el PADRE RAFAEL y recoge la bandeja con las botellas. En ese mismo momento se abre en el suelo una trampilla con la boca de espaldas al espectador, de tal manera que éste no puede ver quién la mueve. La MADRE JUSTA tose y la trampilla se cierra con mucho cuidado sin que la MADRE JUSTA, que hace mutis por la izquierda, note nada anómalo. Con ella se cruza la HERMANA ANDREA que**

baja por la escalera con dirección al claustro. Apenas ha pasado por delante de la trampilla ésta se abre de nuevo. La HERMANA ANDREA percibe algo extraño y alcanza a ver cómo se cierra. Ahoga una exclamación, muy breve, de sorpresa, y se marcha asustada por la puerta del claustro. La escena queda vacía unos segundos. En seguida, la HERMANA ANDREA reaparece en compañía de la MADRE ÁNGELES que trae una pequeña agenda en la mano.) Hermana Andrea: dentro de poco verá usted volar a los burros y ya está en edad de saber que eso sólo pasa en los cuentos de niños.

ANDREA.- Madre, yo le aseguro a usted que...

ÁNGELES.- Déjeme, hermana Andrea, que tengo cosas más importantes en qué ocuparme. **(La HERMANA ANDREA obediente, hace mutis por la derecha no sin lanzar una mirada de recelo a la trampilla. La MADRE ÁNGELES se dispone a redactar su telegrama pero no se sustrae a la tentación de mirar también. Garrapatea unas palabras y se levanta para examinarla de cerca. La inspección es satisfactoria y, en consecuencia, va a continuar su trabajo cuando la trampilla se abre otra vez. Ahora la MADRE ÁNGELES está de espaldas a ella, pero oye cómo se abre y gira rápidamente sobre sus talones.)** ¡Ay!

FEDERICO.- **(Aún desde dentro.)** No se asuste.

ÁNGELES.- ¡Don Federico! ¿Qué hace usted?

FEDERICO.- Ya se lo explicaré.

ÁNGELES.- ¡Gracias a Dios que vive!

FEDERICO.- ¿Y por qué no había de vivir?

ÁNGELES.- ¿De dónde viene? ¿Por qué ha vuelto al convento? ¿Por donde entró aquí?

FEDERICO.- No se amontone. Son muchas preguntas y no sé si sabré contestar a todas. Vengo de Toulouse. He entrado en el sótano por la puerta de la bodega y he vuelto para redimirlas a ustedes de una vez para siempre.

ÁNGELES.- Redimírnos, ¿de qué?

FEDERICO.- De la pobreza, Madre, del andar a la cuarta pregunta, de la falta de medios para hacer el bien de que padecen. Para eso he vuelto al convento.

ÁNGELES.- ¿Qué maquina usted, don Federico?

FEDERICO.- Se lo diré en seguida.

ÁNGELES.- Lo primero es avisar al padre Rafael. Se ha ido hace medio minuto al cuartelillo de la Guardia Civil.

FEDERICO.- **(Alarmadísimo.)** ¿A qué?

ÁNGELES.- Tal vez le alcance aún.

(Inicia el mutis por la derecha.)

FEDERICO.- Aquí no se mueve nadie.

ÁNGELES.- Es que creímos que le habían matado a usted.

FEDERICO.- ¿A mí?

ÁNGELES.- Ha sido a otro que se llama igual que usted.

FEDERICO.- Conmigo no se acaba así como así. Los hombres de mi temple tardamos mucho en criar ortigas, madre Ángeles. Y cuando, por fin, las criamos, porque de esa ley no hay quien se escape, es después de haber hecho algo importante.

ÁNGELES.- ¿Qué quiere darme a entender, don Federico? **(Preocupada.)** ¿Qué es ese paquete?

(DON FEDERICO lleva, en efecto, un paquete en la mano.)

FEDERICO.- Ya lo sabrá en su momento. Ahora, lo único que necesitamos es esperar diez minutos.

ÁNGELES.- ¿A qué?

FEDERICO.- A que sean las seis: son las seis menos diez.

ÁNGELES.- ¿Y qué es lo que sucederá a las seis?

FEDERICO.- Algo muy sonado... **(Se ríe del juego de palabras que, involuntariamente, acaba de hacer.)** Y tan sonado...

ÁNGELES.- ¿No hay manera de que usted hable con claridad y no a medias palabras? Y dicho sea de paso, ¿qué se le perdió a usted en Toulouse? ¿Y no habría podido prevenir a su suegro de que se marchaba allí?

FEDERICO.- Fue un viaje... de riguroso incógnito. Un viaje secretísimo, tanto, que ni siquiera pasé la frontera por su sitio.

ÁNGELES.- ¿Por dónde, entonces?

FEDERICO.- También las fronteras tienen sus trampillas... **(Señala la que le sirvió para entrar poco antes.)** Yo utilicé una de ellas para ir y para volver.

ÁNGELES.- ¿Desde Jaca?

FEDERICO.- ¿Y cómo sabe usted que estaba en Jaca?

ÁNGELES.- ¡Ah! También supimos que se había ido de Soria.

FEDERICO.- En Soria paré muy poco... Siguen como antes de la guerra. Al principio ni me conocieron, pero apenas se dieron cuenta de quien era, comprendí que no me habían perdonado. Al cabo de un cuarto de siglo largo, aún había quien se acordaba de mi discursito del treinta y seis y se agachaban para liarse a pedradas conmigo por las calles.

ÁNGELES.- **(Medio en broma, medio en serio.)** Qué injustos... Y su viaje a Toulouse, ¿qué tiene que ver con todo eso?

FEDERICO.- Salí para Toulouse el mismo día en que leí en el periódico la noticia de que «El baño de las ninfas» iba a exhibirse durante un mes en la Exposición de Filadelfia y que lo habían asegurado en veinticuatro millones de pesetas. Yo me dije: a mis compatriotas se la voy a jugar de a puño.

ÁNGELES.- ¿Y por qué? ¿Y cómo?

FEDERICO.- Se me ocurrió una faena sensacional para cobrarles la quijotada de prohibirnos vender el cuadro a míster White.

ÁNGELES.- Yo no les guardo rencor...

FEDERICO.- Porque usted es apolítica, Madre. Pero yo no. Yo soy

un hombre de ideas y ya sabe que siempre he creído que lo que sobran en este país son retablos y tallas y cuadros del Greco y lo que faltan son campos de deportes y sanatorios y viviendas.

ÁNGELES.- Bien, y en Toulouse, ¿qué es lo que buscaba?

FEDERICO.- Toulouse es a las bombas lo que Valencia a las naranjas. En Toulouse se hacen unas bombas como para chuparse los dedos.

ÁNGELES.- **(Asustada.)** ¡Don Federico!

FEDERICO.- No se alarme, Madre, que no hay por qué.

ÁNGELES.- ¿Qué es lo que lleva ahí? **(Le señala el paquete.)**

FEDERICO.- **(Se le ve que habla en broma aunque a la MADRE ÁNGELES le engañe. Con un tono tremebundo.)** Una naranja de catorce kilos que basta para volar el pueblo entero.

ÁNGELES.- ¡¡Ay!!

FEDERICO.- No sea niña, madre Ángeles, que es ropa... **(Lo coge y lo palmea. Después lo tira.)** Y cállese, que no quisiera que me viesen.

ÁNGELES.- ¿Ha traído usted alguna bomba de Toulouse?

FEDERICO.- Sí, pero ya está puesta en su debido lugar **(Enigmático.)**, que no es éste.

ÁNGELES.- ¿Dónde?

FEDERICO.- En cierto camión que salió para Vigo llevando un cargamento precioso.

ÁNGELES.- ¿Y va a estallar...?

FEDERICO.- Si los aparatos de relojería que fabrican en la Escuela de Terrorismo funcionan como es debido, dentro exactamente de cinco minutos, cuando el tal camión que conduce uno de los nuestros y que escoltan mi camarada Sánchez y míster White, que está en el Limbo, se encuentre, sobre poco más o menos, a unos quince kilómetros de aquí, estallará la bomba y las catorce ninfas se irán al cuerno.

ÁNGELES.- **(Despavorida.)** ¡Socorro, socorro!

FEDERICO.- **(Trata de impedirle que salga por la derecha.)** Madre Ángeles, no grite que me pierde.

ÁNGELES.- Es horrible lo que ha hecho.

FEDERICO.- Se equivoca. Es maravilloso. Antes de una semana entrarán por esa puerta veinticuatro millones de pesetas como veinticuatro millones de soles. Todo lo que ustedes habían proyectado con el importe de la venta lo harán con el de la póliza.

ÁNGELES.- ¡Yo le denunciaré!

FEDERICO.- Es igual, el seguro pagará lo mismo y ustedes tendrán derecho a embolsarse los veinticuatro millones, igual que si se los hubiese sacado del bolsillo míster White, o que si se hubiese ido a pique el barco que le espera en Vigo.

ÁNGELES.- Pero a usted, por lo menos, le meterán en la cárcel.

FEDERICO.- Seré un mártir de la causa y no me importará nada pasarme allí unos añitos después de haberme dado el gustazo de cargarme un Greco.

ÁNGELES.- ¡Anarquista, es usted un anarquista!

FEDERICO.- Pero con un corazón, Madre, que no me cabe en el pecho.

(La MADRE ÁNGELES intenta salir, de nuevo. FEDERICO se lo impide.)

ÁNGELES.- Déjeme, aún podemos alcanzar el camión que se había parado en el alto de San Agustín.

FEDERICO.- Cállese, madre Ángeles... Era lo convenido. Una falsa avería. **(Consulta su reloj.)** Dentro de un minuto justo, todo se habrá consumado. Las prójimas del baño están más perdidas que Carracuca.

ANGUSTIAS.- **(Por la derecha.)** ¿Ha llamado usted, Madre? Me pareció oír...

(FEDERICO se escapa por la lateral izquierda para no ser visto por la MADRE ANGUSTIAS.)

ÁNGELES.- Sí... pero ya no me hace falta.

ANGUSTIAS.- Si me necesita, ahí me tiene... **(Tropieza con el bulto que dejó FEDERICO.)** ¡Huy! ¿Qué es eso?

ÁNGELES.- Nada, Madre, ropa vieja.

(La MADRE ÁNGELES lo coge y lo lanza por la puerta de la izquierda. Mutis de la MADRE ANGUSTIAS por la derecha. La MADRE ÁNGELES lo inicia por la lateral contrario, como si fuese a buscar a DON FEDERICO.)

EMILIA.- **(Entra por la derecha y se lo impide.)** Madre, están otra vez los del cuadro.

ÁNGELES.- ¿Qué dice usted?

(Llegan, en efecto, MÍSTER WHITE tan campante y SÁNCHEZ algo más nervioso.)

MÍSTER WHITE.- I beg you pardon. («Ai bog yu pardon».)

ÁNGELES.- **(Lívida.)** ¿Qué pasó?

SÁNCHEZ.- Nada, una tontería. ¿Qué va a pasar? Se nos quedó el camión a unos kilómetros del pueblo con una avería del delco, según dice el mecánico. Y hemos venido los tres por si saben dónde hay un taller de reparaciones. **(Se mira el reloj de pulsera.)**

ÁNGELES.- Pues... no sé... al final de la calle... hay uno, me parece a mí... **(Tenuemente.)** ¿Qué hora tiene usted, señor Sánchez?

SÁNCHEZ.- Las seis menos diez.

ÁNGELES.- Creí que eran las seis ya.

SÁNCHEZ.- Sí, lo son prácticamente. Decía menos diez segundos. Y ya han pasado cinco. Son las seis menos cuatro, menos tres, menos dos, menos uno. Las seis. Son las seis en punto, madre Ángeles.

(Se oye lejanamente una gran explosión.)

MÍSTER WHITE.- Qué extraño... ¿Qué habrá sido eso?

ÁNGELES.- Pues... no sé...

SÁNCHEZ.- Truenos... son truenos...

MÍSTER WHITE.- ¿Truenos con este sol...? Realmente... Spain is diferent. Vamos, amigo.

SÁNCHEZ.- Good bye, Madre.

(MÍSTER WHITE le dice adiós con la mano y hace mutis en unión de SÁNCHEZ.)

ÁNGELES.- Good bye. Santa Patrona nuestra... Inspira lo que deba hacer en este trance a esta humilde sierva tuya...

(Por la escalera aparece la MADRE EPIFANÍA. Trae un maletín de fibra en la mano.)

EPIFANÍA.- Madre Superiora: le pido autorización para irme a Jaca.

ÁNGELES.- **(Desabrida.)** ¡Déjeme en paz de una vez, se lo suplico!

EPIFANÍA.- Madre Superiora, si me lo niega se lo pediré a don Rafael y si no al señor Obispo. Yo no podré conciliar el sueño mientras no sepa si...

ÁNGELES.- ¿Quiere hacerme el bendito favor de callarse...?

(FEDERICO se presenta por la izquierda. Volvió a vestirse el hábito y tira, ostensiblemente, el papel en que lo llevaba envuelto. La MADRE EPIFANÍA lanza al aire el más estentóreo de sus gritos.)

EPIFANÍA.- ¡Ayyyyy!

FEDERICO.- ¡¡Silencio!!

ÁNGELES.- **(Se vuelve hacia DON FEDERICO.)** ¿Qué significa eso, don Federico?

FEDERICO.- ¡No, no! Don Federico, no. Si no me delatan ustedes: Madre Federico. Y ahora, para siempre.

(Mira a las dos monjas con gravedad y fijeza mientras rápidamente cae el...)

OSCURO

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo